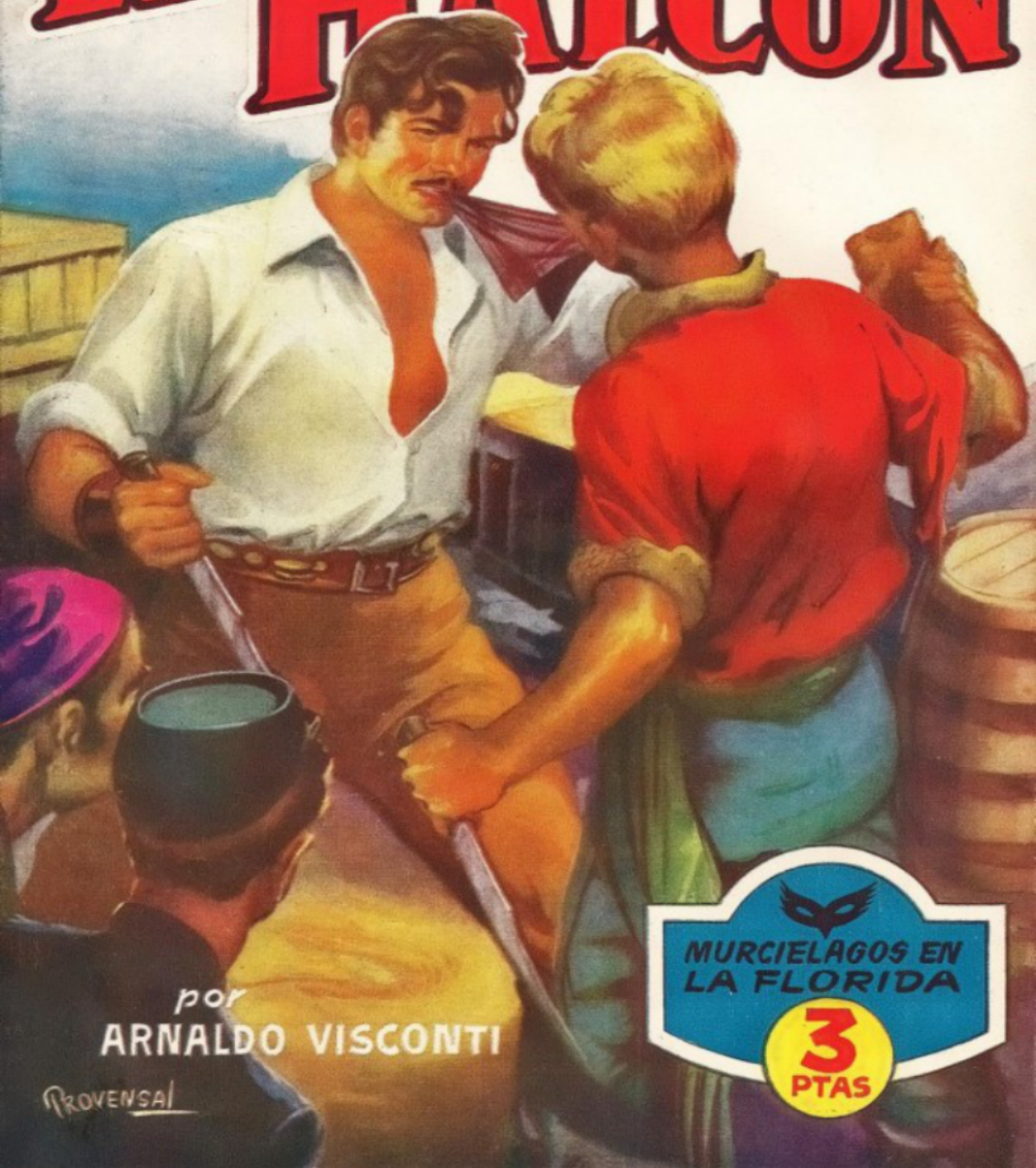


EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL



El HALCON



EDITORIAL



BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

A black and white illustration featuring a bat in flight, positioned above a stylized city skyline. In the foreground, a large, bold letter 'M' is depicted, with a bat's head and wings integrated into its structure. The text 'MURCIELAGOS' is written in a bold, sans-serif font across the top, with 'en' in a cursive script below it, and 'FLORIDA' in a large, outlined, sans-serif font at the bottom.

MURCIELAGOS
en
FLORIDA

CAPÍTULO I

LA PALABRA DE LORD DEMBLEY

En el distrito de Fulham y en el parque de Parsons Green, donde el río Támesis describe una pronunciada curva antes de remontarse hacia la campiña dejando atrás la populosa urbe londinense, todo el mundo conocía a *Lord Dembley*.

Personificaba el prototipo de solterón epicúreo, amante de la buena mesa y los clásicos, y figura relevante como Mecenas de todas las manifestaciones artísticas y deportivas.

Su silueta, aun gallarda y juvenil pese a la nieve de sus cabellos y a sus sesenta años que tenía una especial coquetería en no ocultar, era casi una institución en el distrito de Fulham.

También era tradicional mostrar a los forasteros el suntuoso palacete que se elevaba en el centro del parque de Parsons Green, en cuya arquitectura mezclábase el severo estilo inglés con ligeras aportaciones de gracia francesa.

El primer Samuel Acklin, abuelo del actual *Lord Dembley*, había sido un humilde tendero, pero la diversidad de sus actividades, habíale hecho legar a su muerte al segundo Samuel Acklin una modesta casa en el centro del parque de Parsons Green, eligiendo el lugar por su tranquila rusticidad que permitía a sus habitantes creerse en pleno campo teniendo muy cercana la capital.

Distinguiéndose en política, y ocupando distintos cargos honoríficos, el segundo Samuel Acklin logró agrandar la modesta casa, convirtiéndola ya en mansión que se extendía con más amplitud por el terreno que previsoriamente adquirió el primer Acklin.

A su muerte, su hijo, conocido ya en los clubs con el cariñoso diminutivo de Sammy, era un amable "dilettante", inscrito en el Colegio de Abogados, díscolo y gracioso interventor en las sesiones de la Cámara, y poseedor de acciones que le proporcionaban crecidos dividendos en distintas compañías donde ocupaba cargos que, al parecer, no tenían remuneración.

Para Sammy Acklin todo parecía cuestión de juego. Pero vióse claramente que su aspecto risueño y de sibarita despreocupado ocultaba una inteligencia al servicio de una voluntad férrea cuando, a sus cincuenta años, recibió con un propósito bien determinado, el título de *Sir* por su eficaz labor en todos sus cargos que parecían netamente honoríficos.

Seguía siendo un risueño sibarita despreocupado en los banquetes y en las reuniones sociales; pero era también el director gerente de un *trust* de fábricas de acero y armamento, y propietario exclusivo de una flotilla comercial destinada al tráfico con Ultramar.

Esto se sabía en el mundo de las finanzas de Londres. Pero lo que se ignoraba era que también *Lord Dembley* poseía su propio *Intelligence Service*, reclutado pacientemente, habiendo seleccionado con todo esmero el personal que lo componía.

Por aquella noche de principios de febrero del año 1861, *Lord Dembley*,

después de cenar solitario, con la única compañía de tres magníficos gatos de Angora, paso a instalarse en el sillón que ante el nutrido fuego de leños, le aguardaba ritualmente todas las noches.

Vestido impecablemente de etiqueta, rubicundo el rostro terso, y hundiendo sus dedos en el copioso pelaje de uno de los "Ancoras" que acababa de extenderse en un sofá cercano, *Lord Dembley* miraba fijamente el cabrilleo de las llamas.

A su lado, el mayordomo, joven hercúleo y gran esperanza de los pesos pesados, vertía delicadamente en la gran copa un chorro de *brandy* jerezano, de especial reserva para la bodega de *Lord Dembley*.

—A las nueve y treinta llegará *miss* Wayne. No la anuncies, Isaac. La he citado.

—Bien, *milord*.

—Debes comer menos, Isaac. En tu último combate con "Bombardier" Wales, evidenciaste cierto exceso de peso.

—Bien, *milord*

—Alcánzame el tomo marcado con el número 17, Isaac.

El mayordomo, desmañadamente, le llevó un volumen encuadernado con piel de *chagrin*, cerrado con molduras de oro, sosteniéndolo horizontalmente sobre sus manazas cubiertas con guantes blancos.

—Puedes irte, Isaac. Cuando *miss* Wayne haya entrado, cerciorate de si alguien la siguió. Límitate, en caso afirmativo, a traerme al seguidor. Pero en buen estado. Pega una sola vez, sin encarnizarte.

A solas, *Lord Dembley* acarició sucesivamente los arqueados lomos de los otros dos "Angoras". Eran sus tres animales favoritos, pero no se extralimitaban.

Sabían que su sitio era el que ocupaban. Muy cerca, pero sin familiaridad. Ninguno de ellos cometía la imprudencia de sentarse encima de las rodillas del benévolo judío inglés.

De su llavero pendiente al extremo de una fina cadenilla que cruzaba su blanco chaleco, *Lord Dembley* apartó una minúscula llavecita dentada de complicado dibujo.

La introdujo en el pequeño candado que cerraba el libró marcado con el número 17 y en cuyo lomo decía: "PLUTARCO. Vidas paralelas".

Recorrió varias páginas, hasta que llegó a la marcada por su puño y letra con el nombre de Brenda Wayne. Gustaba de leer sus propias observaciones psicológicas:

"Brenda Wayne. Eficiente. Todo un carácter. Reservadísima.

Puesta a prueba, carece de la natural predisposición femenina a contar los secretos en secreto a la legión de íntimas amigas que toda mujer tiene. No tiene más que una amiga: ella misma. Un único amor: su marido John. Capaz de dirigir ella sola una fábrica. Tres años consecutivos al frente del departamento de

Proyectos, sin un solo fallo".

Acercó *Lord Dembley* el mueble escritorio que sobre ruedas tenía al alcance de su mano. Lo colocó entre sus piernas y mojando la pluma, añadió una nota a la página dedicada a Brenda Wayne:

"Hoy 7 de febrero de 1861, comprobaré si realmente es tan inteligente como supuse. Me odiará".

Sopló delicadamente sobre las cenizas, cerró el libro, y empujó el mueble que rodando suavemente sobre el mullido tapiz, fué a detenerse junto a un sillón que daba frente al suyo.

Uno de los gatos bostezó ampliamente, Sammy Acklin acodóse más confortablemente, y juntó con delicadeza los extremos de sus diez dedos. Sentíase triunfador. Era un hombre poderoso y en sus propias fábricas tenía empleados a dos jóvenes y fuertes mecánicos, de padre desconocido, que llegado el día legitimaría, para dar sucesión al nombre de Acklin.

Era demasiado compleja su vida para dar cabida en ella a una esposa, con sus nimiedades y estrechez de miras.

Con gran facilidad su ejercitada mente saltaba de un tema a otro. Se trasladó ahora mentalmente al litoral atlántico de la costa norteamericana.

Un litoral henchido de promesas monetarias para él. Un litoral de sorda guerra a muerte para los personajes que allí mandaba.

Saboreó el último residuo de su copa de *brandy* cuando su reloj de bolsillo, marcaba las nueve y veintinueve minutos. Debía pensar en hacer un contrato con la Casa Zenith de Zurich. Aquellos relojes eran una obra de arte de la ingeniería suiza...

—*Miss Wayne, milord.*

La voz de Isaac, el mayordomo, hizo simular a *Lord Dembley* que despertaba de ociosos pensamientos. Se levantó y cortésmente señaló a Brenda Wayne el sillón situado frente a él.

—Buenas noches, *miss Wayne*. Ruego me excuse el haberla impuesto una visita a deshora de su jornada de trabajo.

Los ojos de Sammy Acklin, experto conocedor en mujeres, aprobaron plenamente el aspecto de la "eficiente secretaria" del departamento de Proyectos.

Siempre la había visto con gafas de montura arcaica, recogidos en un gran moño los cabellos de un desvaído color rubio pajizo, vistiendo ropas sin hechuras que convertían en un oblongo cuerpo sin formas, una fina silueta, revelada ahora por el largo vestido de noche.

El rostro, sin el aditamiento de las deformantes gafas, era delicado. Los cabellos, liberados de la torsión, desparramábanse sobre los hombros, recogidos tras la nuca por un lazo, y formando después un ancho abanico.

"Winterhalter", pensó *Lord Dembley* evocando las románticas figuras de

su pintor favorito especializado, en el retrato de *ladies* juveniles.

—Agradezco que enviara su coche a recogerme, *milord* —dijo ella no abandonando la disciplina que se había impuesto desde que entró a trabajar en una de las factorías de *Lord Dembley*.

Su voz no tenía matices... Sin embargo, John, su marido, conocía los aterciopelados matices de su voz cuando vibraba apasionada y cariñosa.

Lord Dembley tenía una peligrosa cualidad. Poseía una encantadora amabilidad y divagaba con mayor incoherencia cuanto más importante era lo que quería abordar.

—Hace escasamente un año, para más precisar, *miss Wayne*, la noche de despedida del año pasado, me encontraba deseoso de ruido y bullicio. Soy temperalmente antigregario, pero la nochevieja me incitó a recorrer los sitios donde se da por descontado que la gente que a ellos asiste se divierte. Entré en el "Merrior's Palace".

Brenda Wayne escuchaba deferentemente. Nunca *Lord Dembley* citaba a uno de sus empleados en su propia casa...

—Vi allí muchas parejas ruidosas. Poca gente conoce el arte de divertirse. Pero había una pareja que lo hacía, ¿cómo diría yo...?, casi aristocráticamente. Denotaban buen gusto. Se habían apartado, eligiendo una mesa lejana de la orquesta. Hablaban poco. Brindaban de vez en cuando mudamente. Se amaban. Ella era bonita, con esa belleza recóndita, que proviene de luz interior. Tardé- en reconocerla, *miss Wayne*. Esta noche viste usted como entonces. Esas aplicaciones de flores en los hombros aumentan su distinción. Hay en usted un afán de superación, *miss Wayne*. Su marido...

Lord Dembley acarició la cabeza del más próximo de los tres "Angoras" interrumpiéndose. Los tres gatos miraban ya con indiferencia a la visitante.

Brenda Wayne era sensitiva. Se imaginó frente a cuatro ídolos crueles, y carentes de humanidad...

—Lamento comunicarle, *miss Wayne*, que su esposo ha muerto.

Brenda Wayne cerró los ojos. Sabía que ahora sus pupilas, de un claro azul, plasmaban demasiado odio... Temblaron sus hombros, y sus labios fueron empalideciendo hasta no ser más que una línea blanca en la lechosa albura de su tez.

"¡Usted, usted, monstruo insaciable de oro, es el asesino!", clamaba una voz en su cerebro.

Tardó en abrir los ojos. Habló duramente:

—Cuando John aceptó la misión que usted le encomendó, *milord*, nos despedimos para siempre. Sin lamentos. Él quería triunfar para que nunca más tuviéramos que depender de nadie. Ha perdido...

—Gracias, *miss Wayne*. Sabía que usted era inteligente. Me ha ahorrado manifestaciones de dolor, y quejas de reproche.

—John y yo queríamos, reunir el suficiente dinero para comprar una granja en Irlanda. Hubiéramos vivido colmadas nuestras aspiraciones. Él era el más indicado para ser un *gentleman farmer*.

—Cierto, *miss* Wayne. Aquella noche, al verlos juntos, adiviné en ambos una gran reserva de energía, una inquebrantable decisión. Los héroes, son aquellos que fanáticamente persiguen una meta. ¿Puedo inquirir, *miss* Wayne, cuál será su actual meta?

—John me hizo prometer que si no triunfaba, yo conservara su recuerdo como él de un amable amigo. Y perdóneme la inmodestia, pero me dijo que yo valía demasiado para mustiarme en llantos y renunciaciones. Antes, *milord*, tenía yo dos metas: ser rica y que un día llegase en que sólo viviera para mi amor. Ahora... me queda una meta.

—Excelente, *miss* Wayne. ¿Su esposo le comunicó los detalles de la misión que le confié?

—No, *milord*. Simplemente me dijo que embarcaba hacia la región norteamericana llamada Florida. Que cuando volviera seríamos nuestros propios dueños. Que era una misión muy difícil. Eso me bastó. Para John nada había difícil. Cuando me afirmó que era muy difícil el desempeño de su misión, me despedí de él.

—Tiene usted un gran dominio de sus nervios, *miss* Wayne. Un carácter como el suyo sería la principal base para que un hombre triunfara. Hoy estoy ya en condiciones de revelararle cuál era la misión de su esposo. Conoce usted ya la compleja telaraña de los negocios de armamento. Hay compañías europeas rivales. Todos los recursos son legítimos, ya que la mercancía es de índole tal, que, sembrando la muerte entre los demás, acostumbra a quienes en ella trafican, que no den excesiva importancia a las vidas ajenas. Para el hombre medio, sin fuentes de información precisas, los acontecimientos que se desarrollan en la república norteamericana, no presagian tormento. Nosotros, no ignoramos que esta atizándose lentamente un fuego que estallará con voracidad lanzando unos contra otros en guerra civil a los norteamericanos, dividiéndolos en dos bandos bien definidos, Norte y Sur. Hay un gran mercado en perspectiva. Desde hace dos años mantengo en el litoral atlántico unos cuantos agentes encargados no sólo de obtener informes, sino de asegurarse bases propicias para el desembarco de armamento. Al frente de ellos está mi mejor hombre, del cual le hablaré más tarde. Por el instante resumo para usted la situación.

—La conozco, *milord*, no sólo por mi empleo, sino porque desde la partida de John, estudie a fondo cuánto se refiriera a Norteamérica, en especial su litoral atlántico, sus crisis políticas y el estado de sus arsenales, fuerzas en efectivo y puertos.

—Lo sabía, *miss* Wayne. Tengo una debilidad: me gusta estar bien informado de cuantos elementos forman mi ejército laborioso. Cada engranaje debe estar minuciosamente vigilado, si se quiere que la máquina alcance el máximo rendimiento. Elegí a John, porque sabía que poseía una ambición, una meta. Era enérgico, fuerte, decidido y valiente. No podía distraer de su cometido a ninguno de los agentes que tengo ya en el litoral norteamericano. Forman un complicado engranaje, y cada uno está colocado matemáticamente

en el lugar qué le corresponde. Sólo uno goza de independencia. El jefe de todos ellos, del cual luego le hablaré. ¿Desea decirme algo, *miss* Wayne?

—Usted sabe, *milord*, que aceptaré lo que quiera proponerme. Hay una frase que corre de boca en boca: "*Lord* Dembley no tiene más que una palabra". Quieren con ello significar que usted siempre cumple lo que promete.

—Herencia de mis antepasados, *miss* Wayne. Por eso lamento comunicarle, que la meta que perseguía su esposo, no la alcanzó.

—Antes de subir por la pasarela del barco. John me dijo que usted le había dado una palabra, *milord*: la de que si regresaba triunfante, podía contar con cien mil libras esterlinas a su nombre. Una fortuna, *milord*.

—Digna de la misión que le encomendé.

—Pero también usted le dió otra palabra: si él fracasaba, la recompensa quedaría anulada.

—Actitud netamente comercial, *miss* Wayne.

Volvió Brenda Wayne a cerrar los ojos. "¡La vida del hombre amado por cien mil dolares, mercader!", clamó su alma.

Lord Dembley arrancó unos suaves ronroneos adormilados del gato que tendió más su cabeza para sentir en ella la presión de los dedos gordezuelos y carnosos de su dueño.

—¿Puedo continuar, *miss* Wayne?

—Excúseme, *milord*. Mis sentimientos particulares son también una debilidad que no consigo del todo dominar.

—Lo comprendo perfectamente. Ciéndonos al caso, expondré brevemente la misión de su marido. Tuve informes de que un *trust* rival, había decidido poner obstáculos en el camino de mi flotilla. Para ello, envió a tres aventureros de clase a la península de Florida. En esta cartera —y *Lord* Dembley repiqueteó sobre, una cartera de lustrosa piel— hay detalles complementarios, que una vez leídos, cuando estén bien presentes en su cerebro, podrá usted reducir a cenizas. Se refieren a la contraseña por la que mis agentes se reconocen. Hay también mapas e indicaciones. Un resumen de la situación. Pero desconozco el punto más importante. ¿Quiénes son esos tres aventureros? Lo ignoro. Eso fué a averiguar su esposo. No tenemos más que un punto de referencia. Tienen también su contraseña y operan independientemente, en la peligrosa zona que va del puerto de Tampa al lago Okechobee.

Sammy Acklin volvió a ser un amable, "dilettante".

—Una zona henchida de romance y aventura *miss* Wayne. Es la comarca donde pululan los últimos corsarios del Caribe. Huidos de la justicia, navegan entre Tampa y los islotes cubanos llamados Cayos, llegando también hasta las islas inglesas de Andros, Great Abaco y Bahama. Son ladrones de mar, contrabandistas... La vida no vale cara en Florida. Los tres agentes rivales a que hago mención, llevan un plan muy sagaz. Con el pretexto de obtener beneficios fingirán ser unos contrabandistas, pero su verdadera finalidad será

lograr que queden incumplidos mis libramientos de mercancía. Piensan apoderarse de la carga de mis buques y venderla ellos. Un doble beneficio. Intentar convencer a nuestros compradores de la imposibilidad en que mi *trust* está de servirles y acaparar ellos el mercado. Es, pues, indudable, que con toda urgencia deben ser eliminados esos tres agentes. Uno de ellos mató a su esposo, *miss Wayne*.

Ella avanzó ligeramente el busto y sus ojos llamearon, concentrándose en ellos la llama interior que la abrasaba.

—Suplico, *milord*, que se comporte inteligentemente. Soy su empleado. Estamos hablando de trabajo, dinero y labor. Al igual que no lloré ni desgarré mis vestiduras, exijo que usted no haga la menor alusión a sentimientos. Si quiero o no vengar la muerte de mi marido, es asunto que me incumbe personalmente. Lo normal, hubiera sido que clamara venganza contra usted, porque son sus cien mil libras las que mataron a John. Pero, el que tiene ambiciones, debe prescindir de sentimientos particulares. Prosiga, *milord*.

—Gracias por la lección, *miss Wayne*. Reconozco, que por un instante me dejé llevar por cierta íntima inclinación a la truculencia. Finjamos pues, ignorar la existencia de un sentimiento personal, que duplica su valor, *miss Wayne*. Queda latente el impulso de la ambición. Donde no triunfó su esposo, menos probabilidades tiene usted a solas de vencer.

—Una mujer decidida a todo, tiene más fuerza que un hombre, *milord*.

—Desgraciadamente, admito está superación. Pero allá, los hombres que usted tratará son infinitamente distintos de los apocados espíritus masculinos que las ciudades crean. Son seres primitivos, que no dominan sus instintos. Yo, desde mi sillón, siembro por doquier los instrumentos que llevan la muerte, pero sería personalmente incapaz de dar muerte a nadie. Prejuicios y convencionalismos ciudadanos. Usted en Londres, *miss Wayne*, triunfaría en toda la línea. Allá en Florida puede triunfar, pero necesita como si dijéramos un introductor. Suponga por unos instantes que desease usted colmar su ambición, destacándose en sociedad. Bastaría que yo la presentase tal como viste está noche, en alguna reunión. Entre los elementos civilizados brotaría instantáneamente el instinto de procurar para cada uno de ellos el privilegio de adquirir su inteligencia, su belleza y su sereno juicio. Allá, entre seres libres de prejuicios, necesita un introductor acorde con el decorado. Y ese es "Dandy Pólvera".

Lord Dembley pronunció las dos últimas palabras como si las paladeara. Entornó los párpados...

—Trate de figurarse por un instante, *miss Wayne*, a un hombre que lo perdió todo. Un hombre que por tanto concede muy poco valor a su vida y que detesta cordialmente al género humano. Un hombre que por reírse del amor gusta mucho a las mujeres, porque físicamente es un ejemplar de perfecta armonía atlética. Un hombre que inspira aversión, porque plasma en su rostro un cinismo de diablo que habiendo atravesado el infierno, siente lástima por los que toman la vida en serio. Cuantos le conocen superficialmente, sienten

hacia él una instintiva antipatía... Yo, confieso mi debilidad: quiero a ese hombre como si fuera mi propio hijo.

Brenda Wayne sintió repentinamente una honda aversión hacía el desconocido apodado "Dandy Pólvora".

—Sólo le reprocho un error. En este mundo atento sólo a las apariencias, los seres inteligentes debemos revestirnos con una segunda dermis. Nuestro "yo" no debe transparentarse. Si un carácter es egoísta, misántropo y cruel, debe presentar la apariencia de un amable y risueño solterón epicúreo. Si un carácter es femenino, amante y sensible, debe crear un exterior sin feminidad, seco y duro. ¿Nos comprendemos, *miss* Wayne?

—Por completo, *milord*. Le agradezco que se digne compararnos. He reconocido ambos retratos.

—Gracias. Por eso digo que el único reproche que hago a "Dandy Pólvora", es que cuando quiere, pueble ser amable, tierno y lleno de exquisitas atenciones. ¿Cuál es el verdadero? ¿El cínico, fatuo y malcriado? ¿El sentimental agradable? No me incumbe ni nos interesa saberlo. Le llaman "Dandi", porque gusta de, vestir originalmente y con atildada pulcritud. "Pólvora" porque es mi agente principal de ventas. Particularmente, Rock Gambler es el hombre que secundará su misión, *miss* Wayne. Es inteligente hasta un grado sumo y logra disimularlo muy bien bajó el aspecto de un granuja provocador. Es hombre que lleva en la sangre un afán de temeridad y pelea. Será el más apropiado para servirle de introductor en Florida. Usted será la portavoz de mi palabra en esta misión. Tengo la certidumbre de que, pese a todo cuanto pueda hacer o decir Rock Gambler, usted sabrá dominarse...

—Así lo creo, *milord*. Se lo vengo demostrando desde el principio de nuestra entrevista.

—Admito que es usted la mujer más capaz de conseguir el triunfo donde fracasó su esposo. Hago votos para que obtenga usted la merecida recompensa. Tiene mi palabra de que, a su regreso, si los tres murciélagos de Florida que proyectan una sombra nefasta sobre un plan que me costó dos años de trabajo dejar bien elaborado, quedan suprimidos, usted percibirá cincuenta mil libras esterlinas. ¿Tiene alguna objeción que hacerme, *miss* Wayne?

—Ninguna, *milord*. Mi marido fue a la muerte solo. Yo voy en compañía de un introductor, al cual usted valora como insustituible.

—Lo es. Dele mi palabra de que si la ayuda eficazmente, percibirá veinticinco mil libras esterlinas. Se dará así cuenta de toda la importancia de esta misión.

—¿Rock Gambler no es el jefe de todos sus agentes en Ultramar, *milord*?

—Sí, lo es. Y con absoluta, libertad de movimientos.

—Entonces, supongo que será desconfiado. Sugiero que me dé un documento escrito que corrobore la recompensa que le ofrece.

—Lamento no poder acceder, *miss* Wayne. *Verbo volant, scriptus restant*, dicen nuestros maestros, los latinos. No obstante, puede describirle a Rock Gambler este interior. Si lo hace acertadamente, él la creará en cuanto le diga. Sólo él y usted, de todos mis empleados, han entrado aquí. En la cartera hallará usted su pasaporte a nombre de Brenda O'Connor, irlandesa, casada, y con tres hijos. Los irlandeses disfrutaban de buena acogida en Norteamérica.

—¿Es irlandés Rock Gambler?

—Lo parece. Es genial inquietó y ambicioso. No tiene igual para moverse con facilidad en todos los ambientes. En siglos pasados habría sido un conspirador veneciano, capaz de derrumbar Dogos y dictar leyes. Hoy es un aventurero, superdotado... Perdóneme un instante.

Levantóse *Lord* Dembley y se acercó a la puerta, que abrió. Isaac, el joven pugilista convertido en mayordomo, anunció estólidamente:

—Había un hombre, *milord*. Está ya en estado de hablar.

—Tráelo sin brutalidades... a menos que te lo ordene.

Volvió a entrar *Lord* Dembley, sentándose de nuevo en su sillón.

—Lamento imponerle un espectáculo que desentona con este aposento, *miss* Wayne. Pero quizá será útil que presencie el interrogatorio.

Isaac entró llevando en volandas a un desmedrado sujeto de mirada huidiza, vestido suciamente. Cogido por el cuello, lanzaba con el único ojo sano que le quedaba, miradas despavoridas hacia atrás. Los párpados del otro estaban amoratados y tan hinchados, que no le permitían mirar.

—Deposítalo en el suelo, Isaac.

El mayordomo dejó caer a su presa, como si soltara un maloliente fardo, destinado al basurero. Continuó apoyando en un hombro su manaza...

—Habla —dijo amablemente, *Lord* Dembley—. Tienes mi palabra de que no sufrirás ningún daño, si consientes, en no denegar lo que te iré exponiendo.

—Yo paseaba... *milord* —balbuceó, el individuo, deslizando una ojeada de soslayo hacia Brenda Wayne—. Y de pronto, apareció ese... mastodonte y me pegó.

—¿Dónde le pegaste Isaac?

—En un ojo, *milord* y en la nariz. Usted me dijo que no le hiciera daño

—No era una pregunta de carácter anatómico, Isaac, sobre algo evidente, sino una pregunta de índole jurídica. ¿Fué en el jardín?

—Sí, *milord*.

—Asalto y allanamiento de morada —advirtió *Lord* Dembley—. Sí mi mayordomo te hubiese malherido, ninguna responsabilidad le alcanzaría. Vete corroborando lo que te expondré. Tú tienes orden de vigilar a quienes entran en mi casa. Supongo que estás pagado por el *trust* vienés. Puedo emplearte a mi servicio. ¿Cómo te llamas?

—James Bredoow, señor.

—Si entregas a mi mayordomo una relación escrita de cuáles eran tus propósitos, detallada, y por cuenta de quien trabajabas, recibirás mil libras y te

emplearé a mí servicio. ¿Aceptas?

—*Milord* se confunde conmigo. Yo no era más qué...

—Llévatelo al jardín, Isaac. Pega sin miedo y déjalo...

—¡No, *milord*! Yo... escribiré.

—Bien. Le entregará mil libras cuando haya terminado su confesión, Isaac. Y después lo dejas libre. Pero que no le vea nadie salir. Condúcele por el camino posterior. Ya té enviaré una cita.

Desapareció el mayordomo, apoyando siempre protector una mano en el raquítico hombro del desconocido.

Brenda Wayne escuchó un extenso informe en el que *Lord Dembley* pintaba adecuadamente las dificultades que en Florida encontraría una mujer que no poseyera un animoso espíritu decidido...

Se interrumpió para recibir un pliego escrito que le ofrecía Isaac, diciendo lacónicamente:

—Ya está cumplido, *milord*. Tiene mil libras en billetes pequeños.

—Puedes retirarte, Isaac.

Leyó rápidamente *Lord Dembley* lo que acababa de escribir el desconocido. Sonrió, tendiéndolo a Brenda Wayne.

—¿Advierte ahora que cincuenta mil libras son una pequeña fortuna difícil de conseguir *miss Wayne*?

—Más difícil de soportar serían años y años trabajando a sus órdenes, *milord* —dijo ella, cuando hubo terminado de leer.

—Comprendo perfectamente su deseo de independencia, *miss Wayne*... Se ha dado ya cuenta del peligro. Esté hombre tenía por misión dar muerte al agente que yo enviase a Florida. Me complace comunicarle que este obstáculo lo he podido apartar de su camino. Di mi palabra al firmante de que aquí —y señaló *Lord Dembley* el suelo del aposento— ningún daño le ocurriría. No consentiría que usted viera sangre... prematuramente. Por desgracia allá en Florida la verá quizá con excesiva frecuencia. Dentro de unos minutos. Isaac ira a comunicar a las autoridades, que un ladronzuelo, en cuyos bolsillos hallarán mil libras en billetes pequeños, fué sorprendido cuando realizaba su latrocinio. Por eso, si los puños de Isaac son demasiado contundentes, no se lo tendrán en cuenta. En Inglaterra la propiedad privada es sagrada. Por otra parte, una persona que delata a los que le dan empleo, debe acostumbrarse a sentir la muerte continuamente. Perdón por este último rasgo de truculencia. Buen viaje, *miss Wayne*.

Levantóse ella.

—¿Alguna instrucción más, *milord*?

—Pasado mañana zarpa el barco que la dejará en Savannah, donde en el "Drinker's House", como ha leído, hallara a Rock Gambler. Si no está allí, sabrá dónde encontrarlo. Mañana, en su despacho, hallará instrucciones complementarias. Sólo me resta felicitarla, *miss Wayne*, porque no me ha defraudado usted.

Rígida abandonó ella el salón. Continuaba rígida cuando Isaac colocó

sobre sus hombros la capa. Parecía una estatua insensible en el interior del coche.

Tan sólo cuando estuvo en la alcoba del pequeño departamento que ocupaba en Chelsea, fué la verdadera Brenda Wayne; la que abatióse sobre el lecho y por espacio de mucho tiempo estuvo abrazada a la muñeca de trapo, que un día bromeando compró John Wayne, llamándola "Little Brenda".

"La pequeña Brenda" que debía alegrar una granja irlandesa...

La pasajera que dos días después embarcaba rumbo a Savannah era una mujer de aspecto incoloro, desprovista de toda feminidad. Hablaba secamente y nadie manifestó la menor intención de entablar con ella la fácil relación transitoria que permite un largo viaje por mar.

Brenda O'Connor había perdido la única razón que hacía agradable su desmedida ambición de vivir cómoda e independientemente. Sólo anidaban en ella dos sentimientos: ganar sus cincuenta mil libras, sin reparar en ningún sacrificio, vengando, a la vez, la muerte de su marido.

Y un día, cuando ya estuviera en Londres, buscar también un procedimiento que descartara de ella toda responsabilidad, para poder leer con deleite, en los periódicos, la noticia de la muerte por "accidente" de Samuel Acklin, *Lord Dembley*.

Era imparcial en sus juicios y comprendía que de haberse resignado ella y su esposo a ser empleados, con buen sueldo en las factorías de *Lord Dembley*, tendría ella todas las noches la satisfacción de oírse llamar "la más cautivadora de las mujeres".

Pero sabía también que ahora... no hallaría quietud en su espíritu, hasta que no ingeniara un medio de dar muerte al magnate "que desde su sillón sembraba la muerte".

Desembarcó en Savannah después de una larga y pesadísima travesía, durante la cual rehuyó todo contacto con los demás pasajeros, alguno de los cuales, sólo una vez, quizá compadecido por creerla una institutriz solitaria, yendo hacia tierras extranjeras, intentó ofrecerle libros o invitarla a pasear.

Cuanto averiguó en Savannah acerca de Rock Gambler, no la predispuso a favor de él. Comprendió que era muy exacta la apreciación de *Lord Dembley* al definirlo como "el mejor introductor en la peligrosa zona entre Tampa y el lago Okechobee".

De nuevo, tuvo que viajar aburridamente en diligencia, con frecuentes relevos, hasta la ciudad de Nueva Orleans, donde no tardó en encontrar quien le indicó que en el "Hotel Montgomery" hallaría al caballero que describía, cuya personalidad física le había sido detallada con tanta minuciosa complacencia burlona, por una linda mulata bailarina en el "Drinker's House" de Savannah.

CAPÍTULO II

UNA FRATERNIDAD OBLIGADA

El "Hotel Montgomery", a media tarde del día 18 de marzo de 1861 parecía estar desierto. Era la hora de la siesta en aquella comarca donde el aire exhalando aromas de flores y la gente andando indolentemente, contagiaba el ánimo de cierta indolencia.

En el patio, un negro entonaba con voz pastosa, una canción pegadiza y lánguida, acompañándose de una mandolina.

Quedó rota en el aire la melancólica queja del gusano de luz que se enamoró de una estrella fugaz, porque vio que junto al mostrador una mujer rubia, vestida sin ninguna elegancia, escribía en el libro registro.

Estaba encargado de substituir al gerente durante la siesta. Se aproximó al mostrador y alzando unos milímetros su sombrero de paja, sosteniendo bajo el brazo la mandolina, saludó.

—Buenas tardes, "missus". No está el caballero gerente.

—He inscrito mi nombre y documentación en el registro. Quiero una habitación junto a la de mi hermano, que, según he leído, ocupa el número doce. ¿Está libre la habitación número trece o la once?

Impresionado por la forma de hablar de la forastera, el negro elevó cansinamente los hombros.

—"Missus" sabe leer. "Missus" elija la llave; que no tenga una tarjeta pendiente. Con el permiso de "missus" vuelvo al patio. Después subiré su equipaje.

Brenda Wayne también se encogió de hombros. Eligió la llave número once, de la cual no pendía tarjeta alguna.

Subió y comprobando la total ausencia de vida en el corredor, se aproximó a la puerta rotulada con el número doce, después de introducir en su bolso la llave de la habitación que había elegido.

Tanteó el pomo después de haber mirado por la cerradura. Había visto a un hombre de largo cabello moreno, en mangas de camisa, escribiendo y dando frente a la puerta.

Ésta se entreabrió y a guisa de saludo, murmuró ella la contraseña.

—"Bealby, Ridgeon, Ranger, Dandy Pólvara".

La puerta pareció ser accionada violentamente hacia dentro. Él que hacía unos segundos estaba escribiendo, hallábase ahora frente a ella.

—Hola —dijo Rock Gambler, sonriente— ¿Qué letanía me está usted recitando?

Ambos se observaban minuciosamente. El vio a una mujer con gafas, rubia y de piel blanquísima, vestida hombrunamente con recios zapatonos y un vestido de dos piezas, sin hechuras.

El cabello era lacio y descolorido, pajizo, peinado en gran moño sin gracia.

Ella vió exactamente la imagen que en un libro representaba al bronceado pirata español cuyas aventuras deleitaron su adolescencia. Pero el que ahora estaba en carne y hueso ante sus ojos, tenía, la agravante de una mirada insolente que desnudaba y una sonrisa cínica que ofendía...

—Cierre la puerta —dijo ella, en tono imperioso.

—Ya que lo pide tan amablemente...

Cerró él la puerta, adosándose a ella, Durante unos momentos, los ojos de Brenda Wayne, más que observar a Rock Gambler, parecían desmenuzarlo.

—¿Le gusto? —interrogó él, arqueando las cejas.

—No cabe duda. Usted es "Dandy Pólvora". —Así me llaman en Londres. Pero aquí soy Rock Gambler. **1**

Ella, a su vez, se dió a conocer como Brenda O'Connor y lacónicamente explicó su procedencia y la finalidad de su misión, así como las gestiones realizadas con la finalidad de hallarle.

Luego se entabló entre ambos un empeñado torneo de esgrima dialéctica, en el que Rock Gambler derrochó ironía y gracejo, intercalando a veces algunas frases rebosantes de punzante sarcasmo, según tenía por costumbre.

Brenda se sentía molesta, pero disimulaba hábilmente sus sensaciones y procuraba situarse en el mismo plano que su antagonista, correspondiendo con aceradas respuestas a las hirientes pullas del a venturero.

Éste, después de obligarla a sentarse, volvió a acomodarse ante la mesa para terminar la carta que Michael Ryan, el auténtico y desaparecido "Halcón", enviaba a su madre.

En el rostro del que había de ser el compañero de aventuras de Brenda, aparecía una sonrisa sardónica. Más que una sonrisa, era un rictus que se dibujaba en la huraña boca, sensual y quedaba acentuado por el destello de los negros ojos burlones.



...y extrajo una diminuta pistola.

Por tanto, ella no podía sospechar que "Dandy Pólvara" estaba escribiendo una epístola con el dulce estilo, ingenuo, y sentimental, del hijo amante que se dirige a su madre.

Profundamente irritada cuando tras encerrar la carta en el sobre, él la hizo objeto de nuevas chanzas, mientras en su diestra saltaba monorrítmicamente el dolar de oro que había extraído de una de sus muñequeras, Brenda abrió disimuladamente su bolso y extrajo una diminuta pistola que sopesó con estudiado gesto.

Al advertirlo, Rock Gambler deslizó lentamente su mano hasta el borde de la bota y dirigió una rápida mirada hacia el lugar en que se hallaba su cinto.

—No sé aún si es usted "Dandy Pólvara", señor —dijo ella, en tono suave, como justificando su acción.

Gambler no abandonó su actitud indolente y burlona ni su lenguaje zahiriente.

—Me horripila su forma de tratarme. Me horripila la forma de hacer saltar esa moneda —exclamó Brenda, exasperada.

—Me horripila sólo el verla, encanto —replicó él—. Pero vamos al grano. Yo soy Rock Gambler. ¿A qué debo la desgracia de estar hablando con usted?

Ella alzó la mano izquierda y juntó en cruz el índice y el dedo medio. Rock Gambler sonrió, a la par qué alzando el pulgar zurdo, decía:

—"Bealby, Ridgeon, Ranger". Doble cruz y cuatro cisnes. ¿Está conforme? Ya le he soltado todas las majaderías que constituyen la respuesta a su contraseña, encanto.

Brenda guardó su pistolita, y procurando disimular su excitación, indicó la conveniencia de hablar con tranquilidad, eliminando desconfianzas, pero las frases breves e incisivas que empleó expresando sus deseos o exponiendo sus más inmediatos planes, fueron causa de que volvieran a enzarzarse en una serie de dimes y diretes, porque Rock Gambler no podía tolerar que nadie le hablase en tono perentorio y autoritario, y arreció en sus burlas cuando ella le dió a conocer la circunstancia de que en el registro del hotel, después de reseñar su estado de casada con tres hijos, había indicado que era la hermana del aventurero.

Procedente del patio, llegaba amortiguada, la voz del negro que cantaba una alegre canción de los bateleros del Mississippi.

—Soy el portavoz de *Lord Dembley* —notificó Brenda Wayne, cuando, después de haberse servido el vaso de agua qué no quiso ofrecerle Rock, porque se lo pidió en forma desprovista de amabilidad, se sentó de nuevo, aun pálida y poseída de raro malestar.

—Hasta hoy, *Lord Dembley* tuvo el buen gusto de no emplear agentes femeninos. ¿Por qué varió de opinión?

Ella, que gracias a su extraordinaria entereza, había conseguido recobrar todo su aplomo, narró fielmente lo sucedido en la mansión de *Lord Dembley*, aludiendo a todos los pormenores de la entrevista, con excepción de cuánto se relacionaba personalmente con John.

—¿Veinticinco mil libras? Ya me resulta usted más agradable. Bien, deduzco, pues, que *Lord Dembley*, que suele ser un experto psicólogo, la conceptúa digna de dar unos cuantos pasos por entre el lodazal de Florida Pocos pasos dará, muchacha. Allí sólo sobreviven las amantes de los bandidos y las más lindas de las que adornan las casas de juego, bebida y baile. También es una peregrina idea la de *Lord Dembley* al mandar a una lechuza inocente como usted. La ambición la ha cegado pese a ese armatoste que lleva encima de la naricita. Sin las gafas, peinada decentemente, con rizos brillantados, vistiendo una ropa femenina... —y a medida que hablaba, Rock Gambler iba contorneando en el aire la figura de Brenda Wayne— ...quizá lograría emplearse como gratuita concurrente en uno, de los locales de Tampa. Carece de *sex-appeal*. Si los muchachos, allá en Tampa, no la empluman después de bañarla en un barril de brea, tomándola por una gazmoña maestrilla despistada, tendrá suerte.

Brenda Wayne se levantó. Sentía bullir en su interior un hondo resentimiento contra aquel grosero personaje.

Dominándose, pidió fríamente:

—¿Tiene un mapa de la costa Sur?

—No los empleo. Tengo un cerebro de calidad. Leen notitas los colegiales y las maestrillas.

—En mi equipaje tengo yo mapas de todas clases. Iré en busca de uno.

—Hace tres días que duermo escasamente, encanto. Dormiré la siesta, hasta las ocho. Cenaremos juntos. Pase, a recogerme. Y quítese ese sombrero que lleva en equilibrio al extremo de su cráneo, o nos tirarán piedras en el comedor.

—Podemos cenar aquí. He elegido la habitación vecina. El número once.

—Hay puerta comunicante. Pero no se alarme. Puede conservar el pestillo echado o abierto. Sé dominar perfectamente mis instintos. A propósito: usted se llama O'Connor según la documentación que le entregó *Lord Dembley*. ¿Los tres hijos son para darle mejor aspecto? Así lo supongo porque no creo que existan héroes...

Brenda Wayne salió de la habitación. Rock Gambler fué a cerrar la puerta. En su fuero interno, seguía intrigado y levemente apanado por aquella inofensiva mujer, que podía ser una eficiente secretaria en Londres, pero que en Florida tenía escasas probabilidades de conseguir, ningún éxito.

Y, sin embargo *Lord Dembley* sabía hacer las cosas perfectamente.

A las siete y media de la tarde, Rock Gambler saltó de la cama para bañarse en la tina de agua fría, donde se sumergió con agrado. Mientras se afeitaba, seguía pensando que la llamada Brenda O'Connor debía poseer forzosamente unas cualidades excepcionales, para que *Lord Dembley* la hubiese elegido como posible triunfadora en un cometido que ya había costado la vida a un agente desconocido, que, según los secos comentarios de ella, poseía cuanto era preciso para triunfar.

A las ocho menos cinco, el criado negro, ayudado por dos muchachas también de color, fue arreglando en la habitación de Rock Gambler la mesa, y dejó junto a ella, otra portátil que contenía todos los adminículos y manjares que componían una excelente cena fría.

Se retiraron, y cuando Rock oyó una llamada en la puerta que comunicaba su habitación con la número once, fue a abrir.

Sin teatralidad, con natural distinción, Brenda Wayne entró y fué a sentarse en uno de los sillones colocados ante la mesa ya servida.

Los largos cabellos sueltos sobre los hombros, su rostro avivado por un toque de carmín en los labios, una sombra azulada en los párpados, y un pequeño lunar postizo, en forma de corazón en la mejilla izquierda daban a su fisonomía un atractivo suave.

Los claros ojos azules tenían candidez y rectitud de energía. Pero el amplio escobe del vestido de terciopelo negro, que dejaba los hombros desnudos, rodeando de encajes negros la blanca piel, constituía un prodigio de discreta provocación.

Un lento silbido que iba aumentando en diapasón, compensó a Brenda Wayne en su orgullo de mujer. Era un modo de manifestar admiración, grosero y chabacano, pero denotaba sincera convicción.

Rock Gambler, siguió silbando hasta sentarse. Cesó entonces con brusquedad y habló incisivamente:

—El lunar de la mejilla izquierda se llama asesino, encanto. Está del lado del corazón. Si sabe usted bailar, beber y besar, puede, si lo desea, convertirse en la reina de Tampa. Allá no están acostumbrados a beldades que tengan el incentivo de una apicarada ñoñez. Es una mezcla peligrosa para aquellos paladares acostumbrados a mujeres vulgares. Retiro lo que dije antes, encanto. Tienes *sex-appeal* y *Lord Dembley* ha hecho una elección acertada.

—Su vulgaridad es detestable. Pero me sirve como entrenamiento. ¿Cree que debe ser un héroe el que... tuviera que suponerse padre de mis hijos?

—Si no los tienes aún, es porque abunda el estúpido que sólo se deja guiar por las apariencias. ¿O acaso sólo vistes así para cenar a solas? Atiéndeme bien, encanto. Debo tratarte con una obligada fraternidad y una natural vulgaridad. Si tú y yo vamos a Tampa, debemos renunciar a mutuas cortesías. Oirás cosas peores allá. Elegiste ganarte cincuenta mil dolares y tú misma has dicho que no vacilarás ante nada. No caben, pues remilgos. Nadie creerá allí que eres mi hermana. Supondrán otra cosa. Supondrán también que vas en busca de fortuna. Aquéllas muchachos, ganan, y pierden grandes sumas en un momento. Te supongo inteligente porque te envió *Lord Dembley*. ¿Pero tienes suficientemente encallecidos los resortes sensibles?

—No te preocupes por mi estado de ánimo.

Levantóse Rock Gambler e inclinóse ante ella, colocando sus dos manos en los brazos del sillón.

—Allí no hay hombres galantes. Hay hombres bestiales, que han roto con todo lo que supone buenas modales, ley y respeto.

Inclinóse más y de pronto sus labios rozaron los de Brenda Wayne. Ella echó hacia atrás la cabeza y su diestra estampó un sonoro bofetón en la mejilla y boca del aventurero.

Rock Gambler se enderezó. Sonreía divertido, mientras empapando el extremo de una servilleta en el cubo de agua y hielo donde se mantenía fresca una botella de champán, miraba a la que, con los ojos centelleantes de indignación, se frotaba la boca con el reverso de la mano.

—Una agradable reacción de mujer honesta ante una toma por asalto. Quizá si insistiera, el segundo bofetón sería más acariciante. Pero era tan sólo un experimento, encanto. No sirves. ¿Crees que en Tampa te recitarán madrigales y suplicarán el honor de que les acompañes a la vicaría?

—Considero totalmente superfluo hacerte observar que contigo no tengo porque dominar mis naturales sentimientos de aversión.

—En el fondo quizá esta reacción tuya les gustará. O bien se sentirán arder de entusiasmo por oscuros instintos prehistóricos, o te descerrajarán un tiro.

Con la servilleta empapada, Rock Gambler dióse más toques en los labios antes de volver a sentarse.

—Me complace haber comprobarlo —dijo ella, fríamente— que el hombre que me calificó de lechuza, se dignó intentar besarme.

—Buen género —comentó Gambler—. No me refiero a tus labios sino a

tu carácter —luego preguntó—: ¿Encierras en este lindo bolso la fórmula para hallar una aguja en un pajar?

—¿En qué consiste el acertijo?

—En Tampa y en la zona del "bayou", comprendida entre la ciudad y el lago Okechobee, habrá aproximadamente unos cinco mil fugados de presidio, negreros, *tahures* y descendientes de corsarios, que tienen entre ellos de común un solo rasgo: el de asesinarse mutuamente cuando no tienen a quien asesinar. Entre esos cinco mil están los tres tipos los cuales debemos buscar. Dijiste que no tienes ninguna pista que a ellos te conduzca. Ni nombres ni señales ni contraseñas.

—El agente que *Lord Dembley* envió, fué asesinado. Bastará indagar quién lo mató y por el hilo se sacará el ovillo.

—Perfecto. Yo empezaré por la zona norte y tú por la zona sur. A cada muchacho con qué nos tropecemos, le preguntaremos: Dispensé, caballero. ¿No sería usted por azar el que mató a un agente de *Lord Dembley*?"

—Hay evidente mala fe por tu parte, hermano.

—Eres un encanto inteligente, hermana. ¿Cómo lo adivinaste?

—Presumo que tu vanidad de irresistible conquistador, se halla algo ofendida. Tuve tiempo de coger informes tuyos en Savannah. Todas ellas deseaban burlarse de mí. Me supusieron seguramente una platónica enamorada del intrépido y arrogante Rock Gambler.

—También hay despecho en tu opinión, hermana.

—Eres la imagen de los hombres a los cuales no voy a tener más remedio que tratar.

—¡Oh, no, querida! Ellos son mucho menos guapos. Pocos se bañan a diario, son vulgares asesinos. Pero, en fin, dejemos nuestras particulares, opiniones. ¿Cómo se hizo llamar en Tampa el agente asesinado?

—John... John Wayne.

—Describemelo.

—Alto como tú. Menos fuerte, pero capaz de derribar un buey de un puñetazo. Cabellos de un rubio oscuro, ojos de cambiante tonalidad. Eran a veces crises, otras plateados, y al reflejo de la luz, adquirían tonos de felina claridad. Era como tú, esbelto, porque era alto. Pero sus músculos eran duros, porque durante toda su infancia y su primera juventud ejerció las más rudas labores de campo. Sus labios eran delgados y enérgicos. Su nariz era aguilina...

—...y cuando respiraba llamándome "delicia mía", sus fosas nasales aleteaban graciosamente —dijo Gambler, riendo—. ¿Tanto le quisiste?

Brenda Wayne respiró con fuerza. Cerró los Ojos...

—Pido excusas, encanto. Si entre hermanos no hay confianza, ¿quién diablos puede confiar en quién? Dijiste esta tarde que el asesinado era para ti un desconocido. Ahora lo has descrito casi con el cariño de un miniaturista. Unos ojos cambiantes, cuyos matices conoces tan bien... No ahondo, encanto. Pero ahora ya sé que no es sólo la ambición la que te empuja y me eres más

simpática. No me disgustaría saber que si un día terminan conmigo, habría una mujer que me vengaría en vez de llorar un par de días y al tercero empolvase e ir a la caza de otro amor.

—¿Qué es el "bayou"? —preguntó ella abriendo los ojos.

—¿Tienes el mapa que tanto solicitabas?

Ella extrajo del bolso un retazo de papel tela. Levantóse Gambler y su índice señaló en el pequeño mapa el espacio recto comprendido entre las palabras "Tampa" y "Okechobee".

—En esta zona hay muchos arroyuelos, que se abren paso entre selvas de cañaverales. Son el mejor refugio fangoso para las chozas y las barquichuelas de los maleantes declarados que infestan esta región. Tienen cerca los escapes naturales del golfo de Méjico, los Cayos y las islas inglesas. Varias veces fuerzas rurales han dado batidas, pero han acabado renunciando a su propósito. Esta punta de península, es dominio y reino de la crápula. Yo allí no desentono. Una vez estuve y fui amistosamente tratado. Duró mi estancia cinco días y sólo tuve que matar a ocho hombres para poder regresar a Savanah.

—¿Cuál es el mejor local... de diversión de Tampa?

—Hay dos muy similares. "Morgan Son's" y "Black Mirror". El primero "Los hijos de Morgan", fué, durante mucho tiempo, la posada de los piratas. El segundo, "El espejo negro", era el centro de compra y venta de los esclavos traídos de África. Hoy ya no hay piratas ni negreros. Los actuales piratas tienen oficinas y secretarías y los negreros hacen política. Allí tan sólo quedan miserables tontos que piratean restos de naufragio y latigueros que roban negros para venderlos en Centro América.

—De los dos locales ¿cuál es el más indicado para que a él vayan los aventureros más inteligentes de la zona?

—Indudablemente el "Black Mirror". Tengo apetito, encanto. Pero, dime: ¿cuál es tu nombre?

—Brenda.

—Tú sabes elegir un "menú", Brenda. Que cada uno se sirva lo que más le apetezca. ¿No deseas irte acostumbrando a los rudos modales de Tampa?

Después de unos instantes de silencio, preguntó ella:

¿Qué necesito para ser aceptada en el "Black Mirror"?

Había cierta, vacilación en su voz, por vez primera. Rock Gambler masticó un momento. Bebió de un sorbo el contenido de su vaso.

—Te basta tú belleza, el lunar y ese escote. Añade una pamelita para proteger tu tez nacarada del ardor de Febo. Inspiras poesía... ¡Lástima que sólo la pueden apreciar los finos paladares como el mío!

—Desearía que... yo no pasase desapercibida.

—Una nueva atracción en El "Black Mirror", atraerá a los moscardones cómo la miel. Eso es: miel. Te define. A veces hay en ella un agrisado aspero, que realza su encanto.

—Solicito más detalles. Tengo una total inexperiencia en estas lides.

—Yo nunca he sido bailarina actuando de ganchito, miel.

—Pero en Savannah todas te conocen. Sabrás... cómo actúan.

—Son invitadas a beber. Beben. Tienen que reír. Si son muy bonitas, pueden permitirse de vez en cuando, estrellar una botella en el cráneo de un admirador demasiado expansivo. Son más respetadas las que poseen el calificativo de artistas.

—Sé cantar.

—¿Sí? Aún no he terminado de comer. Por tanto, no me estropearás la digestión. Intenta lanzar algunos berridos. Precisamente, ese bendito negro cantor, se ha cansado y toca un *vals* conocidísimo: "Patinando en el hielo".

Mientras ella ponía su alma en la canción, modulada con voz de timbre argentino, Gambler siguió comiendo. Luego, se limpió la boca con la servilleta y la ondeó.

—¿Pensabas en John Wayne? —preguntó—. Tu voz es agradable. Había pasión. Canta así y serás la mejor artista que nunca tuvo el "Black Mirror".

—¿Cuándo iremos a Tampa?

—Hay un barco cada tres días. Sale de Nueva Orleans al amanecer. Su primera escala, es Kay West. Desde este punto, cualquier velero contrabandista nos llevará a Tampa. ¿Tienes ya prisa por apurar el cáliz amargo?

—¿Puedo saber qué piensas hacer?

Presentar a mi hermana al dueño del "Black Mirror". No me creará. Te contratará. Tú indaga por tu cuenta. Preguntar en Tampa, significa oír mentiras, o dejar para siempre de preguntar. Yo iré por aquí y por allá. Merodearé por el "bayou". Daré unos paseos por el lago Okechobee. Si averiguo quién mató a John Wayne te lo comunicaré. ¿Qué piensas hacer con el que mató a tu... a John Wayne?

—John Wayne era mi marido —reveló ella, con voz trémula de emoción—. Trabajaba de capataz en la fábrica londinense de *Lord Dembley*.

—¿Por qué no siguió en ella? Te tenía a ti. ¿Por qué no seguiste tú allá?

—Ni él ni yo nacimos para ser pobres.

—Cuestión de gustos. Creo que cuando la ambición vence al amor, poco amor hay. ¿Qué piensas hacer con el que mató a tu marido?

—Obligarle a que delate a los demás. Y cumplida la misión, podré disponer a mi antojo de la vida del autor material de la muerte de John ¿no es así?

—Perfectamente. Mañana al amanecer partiremos. Hasta Tampa no habrá dificultad.

Levantóse Rock Gambler y asiendo la diestra de Brenda Wayne, simuló besarla, dándose un beso en su propia mano.

—Mi galante despedida a la huraña irlandesa, que dejará de ser ambas cosas en el "Black Mirror". Buenas noches, miel. Nueva Orleans y sus mariposas nocturnas me llaman. Mañana a las cuatro, después de quemar el disfraz con que viniste, cubre tus hombros con un chal y piensa mucho en tu

adorado John. Te hará faltan.

Brenda Wayne, a solas, empezó a cenar. Lejos de las brumas londinenses, y envuelta por el enervante aroma de la ciudad del Mississippi sentía la leve embriaguez de la cercana aventura, de la cual era un anticipo el individuo con el que iba a dirigirse al "Black Mirror".

CAPÍTULO III

"BLACK MIRROR"

El barco de ruedas y velas que efectuó la travesía entre Nueva Orleans y Kay West, no se diferenciaba gran cosa del *steamer* en que Brenda Wayne había realizado su viaje desde Londres a Savannah, salvo en lo que respecta al medio de propulsión y dimensiones.

Quizá los tripulantes eran menos aseados y más tenían trazas de marinos de guerra sin uniforme, que de mercantes. En cubierta, abundaban viejos cañones pasados y los pasajeros eran hombres rudos y poco sociables.

Brenda Wayne pensaba que hasta Kay West muy bien podía haber hecho el viaje sola. No ya porque Rock Gambler prestará únicamente atenciones al potro negro qué piafaba cada vez que movía los cascos sobre su lecho de paja, sino porque no había síntoma alguno de peligro.

En Kay West transbordaron a un minúsculo velero. Primero se dedicó Gambler a instalar en cubierta a su potro, mientras Brenda Wayne aguardaba en el embarcadero.

Y sólo cuando estuvo en cubierta ella, instintivamente, se aproximó más a su acompañante, colocando su brazo alrededor del de Gambler.

Este, con amable sonrisa burlona, quitóle el brazo.

—Acostúmbrase a andar sola, estrella del "Black Mirror". Necesito mis dos brazos y no puedo ser su protector, porque hartó trabajo tendré en protegerme yo mismo. Créame que lo lamentó. Me hubiera gustado mucho representar ante usted el heroico papel del arrogante caballero de capa y espada. Pero a partir de ahora, tome nota de que cada cual se come su pan con su sopa.

Cesó él de hablar, al acercárseles un grasiento sujeto, levemente obeso y con aspecto de cocinero. Vestía tan sólo una camisa que debió ser blanca algún día, pero que ya constituía una mugrienta exhibición de manchas de todas clases y un pantalón que le llegaba a media pierna desnuda.

En cambio, un ancho cinturón soportaba un pequeño arsenal de dos pistolas, un machete y un ancho cuchillo corto.

—Para Tampa ¿eh? —gruñó, como si le costase hablar.

Brenda Wayne, tuvo la sensación de que su elegante pamelita y su largo vestido escotado, provocaban un sordo rencor en el que hablaba; tal fué la mirada de ira que le dirigió.

También las dos maletas en que iba su equipaje merecieron otra mirada francamente desaprobadora del grasiento observador.

—Por los trastos —y señaló las maletas— el pencó, la hembra y tú, cincuenta dolares, cuyo color quiero ver antes de levar anclas.

Rock Gambler, acodado al pasamanos, asintió mudamente. Con ademanes de prestidigitador, sus dedos fueron extrayendo de la escarcela que había colgado del brazo de Brenda Wayne, monedas de oro que arrojaba

encima del rollo de cuerdas que estaba junto al rechoncho sujeto.

—Cuenta cabal —dijo éste, cuando terminó el chorro de monedas.

Pero volvió a contarlas antes de recogerlas para repartirlas entre sus dos anchos bolsillos del pantalón.

—No hay más pasaje —y su voz tuvo un patético lamento.

Contempló en silencio a Rock Gambler. Pareció que le llamaba mucho la atención el peculiar modo en que llevaba la pistola de largó cañón, rígida en su funda y en el costado izquierdo, sujeto el extremo inferior de la pistolera por un broche invisible cosido en la pernera del ceñido pantalón de montar.

—Yo te he transportado una vez ya a Tampa —dijo—. Pero no llevabas penco ni hembra. Hará... hará cosa de un año y uno o dos meses.

—Buena memoria, "Caronte".

—Ese soy yo —y pareció muy satisfecho el que era capitán del velero de cinco tripulantes—. Me puso de sobrenombre "Caronte" un tipo leguleyo. Dijo que así se llamaba uno qué transportaba los vivos al infierno.

—¿Por cinco dolares más tienes un camarote para mi hermana?

—Tú hermana ¿eh? —y algo parecido a una sonrisa distendió la boca moteada de granos purulentos—. No hay camarote. Tengo una negra cocinando.

—Has progresado. ¿Cuándo salimos?

—Cuando el mastuerzo de Roscos despierte de su borrachera. Es mi piloto y hay escasez de hombres que sepan coger el timón por estas aguas.

Miró otra vez con atención airada a Brenda Wayne y, levantándose en gestó brusco el pesado cinturón, dió media vuelta marchándose.

—Instálese cómodamente, O'Connor —invitó Gambler, sentándose encima de su saco de viaje—. No hay camarote. Tengamos paciencia.

Ella sentóse en el rollo de cuerdas. El crepúsculo iba aventando el olor a brea que despedía aquél pequeño puerto del islote... No se veía una sola casa. Parecía un islote deshabitado.

—"Caronte" no es de cuidado. Tiene un absoluto desprecio por el humorismo. Ya lo observará usted cuando trate a los demás allí en Tampa.

—¿Es largo el viaje?

—Depende de la cogorza que haya pescado el pilotó. Si es de vino, hacia media noche la brisa nocturna le despejará. Si es de aguardiente, tardará más tiempo. Después... sopla buen viento y pasado mañana al amanecer estaremos en él "Black Mirror". Pero en los Trópicos no existe la prisa ni la puntualidad. No hay oficinas, O'Connor. ¿No era eso lo qué deseaba? ¿Independizarse de un horario?

—Antes me hablaba usted con desprecio y groseramente. Ahora me traía con algo parecido a cortesía y lástima. Ambas actitudes me son molestas.

—Todo le molestará, O'Connor, de ahora en adelante. Yo recuerdo que cuando era niño, recorría, con el dedo los mapas y las islas parecían verdes y paradisíacas. Después vi que las islas tenían muchos mosquitos y eras infiernos. Desde lejos, todo es fácil. Escuche, O'Connor. A medida que la

civilización ha ido progresando, menos rincones quedan donde el hombre vive salvaje y sin leyes. El peor de estos rincones es Tampa y el "bayou".

—Puedo parecer asustada porque hasta ahora traté a personas normales. Pero no me arredra cuanto pueda decirme.

—No es lo que yo pueda decirle, O'Connor, sino lo que verá. Tengo que repetirle, que para nada espere ayuda mía.

—No se la he pedido.

—La pedirá, O'Connor. Y a grito pelado. Y yo, me haré el sordo. Sentirme protector de usted en Tampa sería lo mismo que sentarme encima de un barril de pólvora y apartar los granos con una vela encendida. Usted es dinamita, O'Connor. Podrá ser una cordera que va al degolladero, o convertirse en una segunda "Reina Blanca".

Tres sujetos treparon indolentemente por los palos, soltando las lonas. Otros, dos iban dando vueltas al torniquete que atraía las anclas.

Al timón acababa de agarrarse un individuo tambaleante, escupiendo y sacudiéndose el agua que chorreaba de sus ropas.

—Resucitó el pilotó. Llegaremos antes.

Montado a caballo encima del pasamanos del entrepuente, "Caronte" dedicábase a la faena de cortar astillas de un palo.

El velero se puso en movimiento, hinchadas las velas. El piloto, para recuperar el dominio de sí mismo, iba profiriendo en voz alta y estentórea, una sarta de inmundas blasfemias.

—Romántico —comentó Gambler—. Los audaces lobos de mar, ingenuos, surcadores del azul, galantes y obsequiosos.

—¿Quién era la "Reina Blanca"?

—Una mujer que el corsario Laffite raptó de un buque holandés. Fué primero su criada para todo. Después, en el "bayou" iban amontonándose los cadáveres, cuando Laffite fué ahorcado en una incursión que hizo a La Habana. Todos querían proteger a la holandesa, El mulato "Francatripa" la desposó y convirtiósela en dueña de Tampa y del "bayou". Ha muerto ya. Hace tres años.

—Son leyendas... Es imposible que sucedan esas cosas. El siglo XIX es de las luces y no hay corsarios ni reinas de bandoleros.

—En enero de este mismo año, en Nueva York, el capitán Gordon ha sido ahorcado por haber pasado a cuchillo la tripulación del buque "Erie" y haber vendido, en el islote Andros, por espacio de dos años, más de quince mil negros. En la prisión de Tombs, donde se elevó el patíbulo, la entrada estaba fuertemente custodiada por marinos armados hasta los dientes. Gordon pateó al extremo de la cuerda, pero le consoló el oír los disparos con que los marinos rechazaban el ataque de hombres del "bayou" que habían efectuado un largo viaje al mando de Serafina Dean, esposa de aquél. Fué el epílogo romántico. Dentro, el capitán Gordon sacaba la lengua y fuera, Serafina se hundía en el pecho un puñal al ver que era la única que quedaba en pie de los del "bayou". Enternecedor.

—Prefiero oírle a oír al piloto. Creo comprender que usted intenta, ambientarme.

—Aún es pronto para dormir, O'Connor. Quiero que las pesadillas que sueñe le hagan más agradable su contacto con Tampa. Ahí viene "Caronte".

El aludido llevaba una hamaca echada sobre el hombro. Se detuvo ante la pareja.

—Dos dólares y tu hermana puede dormir aquí.

Arrojó la tela de red en el suelo.

—Si quieres una manta, es un dolar más.

Rock Gambler arrojó tres monedas hacia la mano abierta que tendía el hombre.

—Ella es la del dinero y tú el administrador ¿eh? —y en la voz de "Caronte" había aprobación—. No te podré desembarcar en Tampa —continuó diciendo, después de hurgarse en la nariz, con afán de explorador.

—Cobraste cincuenta dólares, "Caronte".

—Te dejaré en los "pedruscos". Una balsa os llevara hasta tierra.

—¿Hay "neblina"?

—Sí. La pandilla de Paddy "el Conejo", se peleó con la chusma de Joachim Ganga. Ganó Paddy.

Volvió a marcharse "Caronte". Brenda Wayne cruzó más prietamente el chal con el que cubría sus hombros desde que la noche había caído.

Las dos linternas de abordó desparramaban escasa claridad.

—Leyenda —dijo Gambler, mientras iba tendiendo la hamaca desde el palo donde estaba atado "Brujo" hasta el pasamanos—. ¿No se ha dado cuenta, O'Connor, que "Caronte" tiene el rostro de intelectual imaginativo?

—Donde John murió asesinado, no supuse que iba a encontrar chambelanes y oficinistas.

—Veo que se hace usted cargo. O'Connor, La mayoría de los hombres, con los cuales tendrá usted el placer de alternar, son deshechos humanos escapados de presidio, antiguos pescadores de ballenas, desertores y éstos son los más llanos y sencillos. Hay otros de más calidad, que se imponen como jefes formando sus pandillas. ¿No se dió cuenta de un detalle humorístico y muy significativo? El buen "Caronte", el distinguido "Caronte", califica de chusma a los inocentes peleones de Ganga. Claro que los califica así porque perdieron.

—Si pretende usted que mis dientes castañeen, no lo logrará. No soy una mujer cobarde.

—Tengo esta convicción. Puede tenderse si quiere. Yo la arrullaré con narraciones de hadas y príncipes azules.

Un objeto voluminoso se desenroscó desde lejos y fué a caer, con sordo gemido, a los pies de Brenda Wayne que exhaló un leve grito, echándose hacia atrás.

—La manta —dijo desde lejos una voz en la penumbra.

—Está lleno de exquisiteces ese "Caronte" —comentó Gambler,

arrojando la manta en la hamaca—. Es un *Ritz* flotante su barco de plata, surcando el verde mar tropical.

—No pienso tenderme... ni dormir —dijo ella.

—Yo, sí. Usted me protegerá, O'Connor. Pero es pronto aun. Verá como Tampa le deleita. Los degenerados que ahí se aglomeran, eligen apodos pintorescos que se tornan muy en serio. Todo se toma en serio allá. Cuando estuve merodeando por sus contornos, había las bandas de Guillermo, "el Panzudo", Joe, "el Pájaro", Joachim Ganga, "el Conejo", y la más importante era mandada por el "Matón" Hayes. Veremos cuáles sobreviven y qué nuevos jefes hay. No respetan más que una cosa: la bravuconería que se impone con alardes de suicidio.

—¿Quién era el dueño del "Black Mirror"?

—Creo que por entonces era un tal Ormond, un inglés. Pero cambia de dueño con frecuencia. El mismo Ormond se quedó con el negocio, porque después de pelearse a puñetazos con el dueño, lo metió en el tronco de un baobab, dejándolo emparedado, con agujeros para que respirase. Cada noche eran más desgarradores los lamentos que escapaban por los agujeros. Después, se calló el que protestaba. Y por las noches, sólo asomaba el fuego fatuo de su esqueleto. Hay muchos fuegos fatuos por el "bayou". Los fangosos alrededores de los arroyuelos arden de noche con la luz pálida y fría de los huesos de los muertos enterrados al pie de los cañaverales y desencerrados por los buitres...

—¿Quiere hablar de otra cosa? No me place su morbosos afán de relatar me escenas tétricas. Tendré ocasión de comprobar con mis propios ojos lo que allí ocurra.

—Una magnífica ocasión. ¡Lástima que los fantasmas no escriban sus memorias de vivos!

—Cuanto hace y dice no tiene más finalidad que convencerme de que voy a morir. ¿Y usted no?,

—Yo tengo siete vidas y soy un indeseable. Usted tiene una sola y delicada anatomía muy deseable. Puede ser una gran ventaja o una peligrosa atracción para el filo de la guadaña. Lo único que puedo afirmarle es que si voy al "bayou" es porque veinticinco mil libras son una buena compensación.

—Supongo que usted exagera voluntariamente lo dificultoso de mi cometido. Si es con intención de que abandone la empresa, se lo agradezco, pero la seguiré hasta el fin. Si es para poner de relieve que usted logró sobrevivir en su visita al "bayou", no hacía falta. Sé sobradamente por boca de *Lord Dembley* que usted es un aventurero superdotado.

—Indudablemente, O'Connor. Y ahora.... ¿piensa o no emplear la hamaca y la manta? Costó tres dolares.

—No pienso dormir. Aquí estoy resguardada, y empiezo, a avezarme a las incomodidades.

—Felices sueños, entonces.

Iba ella a decir algo en protesta y cuando vio el largo y atlético cuerpo de

Rock Gambler encaramarse a la hamaca y cubrirse con la manta, después de quitarse la chaqueta y doblarla cuidadosamente.

Cerró los ojos y apretó los labios. Los volvió a abrir, al oír la voz de Gambler anunciar soñolienta:

—Dormiré de un tirón, O'Connor, por la confianza que me inspira el saber que usted velará atentamente mi sueño.

Ella no replicó. Fué la noche más larga de su vida. Cada vez que una sombra se movía cautelosamente por la penumbra de cubierta en la fría noche tropical, tiritaba, empuñando con decisión adentró del bolso la minúscula culata.

Pero eran los tripulantes que fatigados y echando maldiciones relevaban a los vigías.

Frunció la nariz con disgusto cuando los sonoros ronquidos de Rock Gambler acompañaron a la sinfonía del agua abriéndose ante la proa del velero.

Cuando amaneció, Brenda Wayne se puso en pie, y caminó para desentumecer sus miembros ateridos. Miró rencorosa a Gambler, que quitándose la camisa de seda, verificaba sonoras abluciones hundido el rostro en un cubo de agua salada que él mismo había lanzado al mar pendiente de una sogá.

Viéndole secarse el hercúleo torso con la manta, comprendió que iba aproximándose a la naturaleza, como le había advertido *Lord Dembley*.

Volvió a sentarse, dominando su impulso de rogar que no se fuera, cuando vio alejarse a Gambler, que desapareció en los compartimientos que se elevaban en el centro del puente.

En silencio le contempló poco después dar terrones de azúcar al negro potro, que luego sorbió el agua de un cazo.

De nuevo se marchó, reapareciendo poco después con dos cazos que despedían un humeante aroma de Café.

—Felices mañanas, O'Connor.

Bebió ella casi con ansiedad primitiva el caliente brebaje. Y le pareció, pueril el reprochar que fuera atendida después que un caballo.

El sol entibiaba la cubierta. Rock Gambler, en mangas de camisa, representaba para ella la fuerza y el bruto inteligente.

Sonrió por vez primera.

—He sido, ridícula, "Dandy Pólvora". Tenía aún en mis ropas la niebla de Londres con su respetabilidad y su comfortable acatamiento a las leyes. Necesito de usted. Sola no podré resistir el hallarme entre seres como "Caronte". Si tenemos que matar para sobrevivir, que al menos entre nosotros dos no exista rencor.

Rock Gambler arqueó una ceja, pero si era diabólica como siempre la expresión de su rostro, había algo que inexplicablemente sedujo a Brenda Wayne, en el gesto con que guiñó, agitando los largos dedos ágiles como si quitara importancia a sus palabras:

—Ya eres más humana, Brenda. Tengo que repetirte que primero pensaré en mí. Somos peones de un juego difícil. Pero si puedo... también pensaste en ti. Y ahora, ¿puedes tratar de dormir? Brilla el sol.

—Gracias, Rock. Cuando quieres, puedes ser simpático.

—Oh, sí. Verdaderos caudales de simpatía. Pero no los derrocho. Resultaría entonces demasiado encantador. He sido invitado por "Caronte" a jugar una partida de *poker*. Nos daremos mutuamente lecciones, porque es un tramposo bastante experto. Sacrificaré unos dolares para que se sienta benévolo. Pronto es para que empiece la danza. Desde el sitio en que estaré, se divisa su hamaca, Brenda.

Por la noche, se repitió lo ocurrido en la anterior. Pero esta vez, la propia Brenda encontró algo íntimo y tranquilizador en el ronquido que brotaba del amplio pecho del durmiente.

Descansada, no sintió frío, y empezó a pensar que no sería tan peligroso el "bayou" ni el "Black Mirror", como había imaginado.

Horas después oyó un rechinar de cadenas y el barco se inmovilizó, Rock Gambler estaba ya poniéndose la chaqueta.

A lo lejos se perfilaba un entorno más oscuro con masas confusas de caserones y líneas esbeltas y palmeras.

—Tampa —dijo lacónicamente Gambler.

Por el costado arriaban una amplia balsa. Despedía una luz fantasmagórica la luz de aceite que bailoteaba en el fondo de una botella rota incrustada entre los leños de la balsa.

Resbalando sobre sus cuartos traseros y retenido por las bridas, fué descendiendo "Brujo", conducido por Rock Gambler. Poco después, Brenda Wayne y el equipaje, quedaban acomodados en la ancha balsa.

En esquinas opuestas de la misma, dos tripulantes remaban con larga pértiga rematada en pala.

De toda la costa emanaba un aire cálido y sofocante, y las aguas parecían densas y aceitosas, como estancadas. Dejaron atrás los "pedruscos", pequeños islotes.

Brenda Wayne aproximóse más al lugar donde Gambler sostenía por las riendas, a "Brujo". Un miedo físico ascendía en ella, viendo aletear contra los bordes de la balsa masas veloces.

Los remos tropezaban con los lomos de aquellas masas, y a veces la balsa resbalaba sobre ellos como sobre bancos de limo.

—Son tiburones —dijo ella innecesariamente.

—Abundan. Son bestias, pero se asustan de la bestialidad de los hombres. No hay peligro.

De pronto, a medida que la balsa iba adelantando, Brenda Wayne miró con los ojos fijos y dilatados por estremecimientos, un esqueleto de barco, inmóvil y cercano al litoral, con las velas hechas trizas, y plagado de lucecitas extrañas.

Al aproximarse la balsa, vió que de las vergas del barco pendían

hombres ahorcados. Las aves habíanse comido la mayor parte de los cuerpos. Algunas de ellas, dormitaban ahítas en los palos.

De los cadáveres se desprendían fuegos fatuos. Los tiburones pululaban alrededor del casco, esperando que algún cuerpo cayera al mar, al pudrirse la cuerda...

Brenda Wayne intentaba en vano apartar la vista del macabro espectáculo.

—Imaginación y leyendas —sonrió Gambler—. Lo han puesto ahí para asustarte. Pero tú no te asustas. No mires más. Los muertos no hacen daño.

—Es la banda de Joachim Ganga —dijo con indiferencia uno de los remeros.



...pendían hombres ahorcados.

Desvió ella la vista al detenerse la balsa, con una sacudida, junto a un largo embarcadero de madera que sobresalía del agua construido encima de gruesos postes carcomidos.

El cielo era también denso, encapotado. Nubes rasantes aumentaban la sensación de sofocante pesadez.

Volando bajo y describiendo caprichosos giros, grandes murciélagos rozaban a veces a la pareja que por la pasarela de madera avanzaba hacia tierra.

El potro negro, caminando dócilmente tras su dueño, llevaba en la silla el equipaje.

—De noche es esto poco agradable, O'Connor. Sobre todo cuando hay tormenta cercana y la luna brilla por su ausencia.

Al término del embarcadero había su ancho anfiteatro de barracones de madera. De varios de ellos salían luces, y los cristales transparentaban siluetas qué iban y venían.

Una musiquilla alegre, con predominio de acordeones, surgía del caserón que en el centro del anfiteatro sobresalía de los demás por tener dos pisos.

—Tres veces ha sido incendiada Tampa —explicó Gambler—. Estamos en la cuarta edición de Tampa.

—Creí... que era una ciudad. Parece una aldea de pescadores.

—En el Sur son aficionados a la hipérbole. No te contagies, O'Connor, no veas escorpiones donde sólo haya arañas. Una mujer como tú, triunfará aquí. No habrá peligro hasta que no se enteren de que además de venir a busca de fortuna, llegaste hasta aquí para saber quién mató a John Wayne. Detestan la curiosidad.

—Pero, ¿no vamos hacia allá?—inquirió ella señalando los barracones.

Estaban desviándose... De pronto abrióse con estruendo la doble puerta de vaivén del caserón central. Un hombre, arrojado desde dentro, acababa de abrir la puerta con sus espaldas, y cayendo pesadamente contra él alto entarimado exterior, que a modo de galería formaba calle delante de todos los barracones, murmuraba imprecaciones.

En su diestra destelló desde el suelo una pistola, que disparó contra el primero que apareció en el dintel. El recién llegado se dobló hacia delante disparando a su vez, pero sin atinar.

De dentro partieron varios disparos. Después de algunos estremecimientos, acusando los balazos, el arrojado violentamente quedóse inmóvil.

En la puerta, iluminada por una linterna colgada junto al umbral, apareció un alto y esbelto individuo, de largos cabellos negros.

Se movía con la elasticidad de una pantera. Sus manos blancas y cuidadas resaltaban en la negra levita, larga. Una de ellas empuñaba la humeante pistola, que fríamente apuntaba aún al que en el suelo permaneció inmóvil.

Miró unos instantes y dando media vuelta, penetró de nuevo en el caserón, iluminado, donde la música no había cesado de sonar.

—"Black Mirror" —dijo Gambler señalando un ancho cartelón pintado con las dos palabras en negro a lo alto de la fachada—. Es la bienvenida. Un

símbolo. La ley es privada y cada cual la aplica a su modo.

Los dos cuerpos sin vida yacían encima del entarimado. Un individuo, dando tumbos, evidentemente ebrio, acercábase rozando tan pronto las paredes como chocando contra la barandilla del entarimado.

Se detuvo al llegar junto a uno de los cadáveres. Rió alegremente y agachándose, perdió el equilibrio al no poder conservarse doblado por la cintura.

Pero volvió a reír alegremente mientras encima de un cadáver, registró sus bolsillos. Arrastrándose, hizo la misma operación con el otro. Se puso en pie, afianzándose primero en sus rodillas y tambaleándose, exhibiendo en la mano su botín, penetró en el "Black Mirror".

—Justo es que los vivos vivan su vida —comentó Gambler.

Ella comprendió que aquellos comentarios, quitando importancia a la sordidez de cuanto veían, estaban destinados a aquietarla. O también era la insensible actitud natural en el que muchas escenas como aquella debía haber presenciado.

—Daremos una pequeña vuelta, O'Connor. Si entrásemos ahora por la puerta principal, tu llegada causaría un exceso de sensación —y mientras daban un rodeo envueltos en sombras, siguió diciendo—: Habrás observado una diferencia. En los demás poblados hay casas como éstas, también con galerías altas para evitar la humedad del suelo fangoso. Pero hay abrevaderos y muchos caballos. Aquí escasea ese bruto. Como supongo que serás bien acogida por el actual dueño del "Black Mirror" dirás que el caballo es tuyo. Aquí para viajar por el "bayou" se emplean lanchas y las piernas. El suelo no favorece el avance de los cascos herrados. Consigue que "Brujo" sea alojado en el "Black Mirror". Nos servirá de mucho para huir por el litoral: Hemos entrado ya en Tampa, O'Connor. Ahora sólo tenemos dos metas: hallar a los tres murciélagos y quitarlos de en medio. Pero eso es fácil. Lo difícil será salir de Tampa. ¿Comprendido?

—Creo que sí

—No he de volver sobre este tema, Brenda. Y como último aviso, recuerda que en caso de necesidad perentoria, puedes utilizar el caballo.

—Pero ¿y si usted no lo hallara, necesítándolo?

—Las mujeres y los niños primero, dicen en los naufragios. Claro que, a la vez que gritan eso, aplastan a los niños y pisotean a las mujeres. Procuraré no hacerlo. Y ahora, querida hermana, recuerda que eres una cancionista amable y buscadora de oro.

Contorneando el grupo de casas, habían llegado a un terreno fangoso, donde tablas tendidas en el suelo, hacían las veces de calle.,.

La música de los acordeones les guiaba y se detuvieron ante un pórtico que daba entrada a un jardín inculto. Al final divisábanse cristales iluminados, tras los que destacaban siluetas en movimiento.

—Aguarda aquí, hermana —dijo Gambler. mientras ataba a un raquítico árbol las riendas del potro—. Actuaré de embajador. Resultará, útil evitarte el

principio de mi toma de contacto con el dueño del "Black Mirror".

La alta silueta hercúlea ascendió por la galería tras los cristales. Un rectángulo de luz marcó de blanco una porción del jardín

Brenda Wayne aproximóse al caballo y permaneció expectante. Empezaba la peligrosa aventura, donde tendría que renunciar a muchos sentimientos adquiridos, para lograr su venganza y, a la vez, la fortuna prometida por *Lord Dembley*.

El interior del caserón no se diferenciaba en mucho de los demás "saloons" desparramados por poblados del Oeste.

Rock Gambler, al empujar la puerta recubierta de tela metálica, hallóse en un rellano elevado, que tras una hilera de palcos dominaba la pista.

Había mesas donde hoscós individuos —de los cuales algunos iban trajeados ostentosamente con abigarradas vestiduras semimilitares— jugaban silenciosamente al "poker".

En el fondo de la pista alzábase un tinglado donde ahora una mulata bailaba cadenciosamente, dando, de vez en cuando, un gutural chillido.

Las mesas de pista tenían poca concurrencia. En cambio, los dos mostradores estaban materialmente asaltados por grupos, entre los que las chillonas vestiduras de ajadas mujeres, ponían notas de color.

No había camareros. Cada cual servíase a sí mismo, pidiendo lo que quería y pagándolo a la vez a dos mal encarados y robustos sujetos que ocupaban cada uno la parte posterior de un mostrador.

No había vasos. Los encargados de distribuir y cobrar, daban botellas y muchos de los que las adquirían, las descorchaban rompiendo los golleteé contra el borde de metal del mostrador.

Eran licores caros. Champaña, *coñacs* franceses, vinos españoles.

En los palcos, reinaba mayor algazara. Parejas enlazadas bailaban torpemente por el rellano que quedaba entre los palcos y la pared.

A lo largo de las paredes, un crespón negro orlaba una estrecha franja formada por espejuelos. El primer dueño del local había sido un francés amante de las letras, quien asegurando que todo libro era un espejo pasado a lo largo del camino, según un famoso escritor de su patria, había demostrado cierto humorismo colocando aquellos espejos. Estaban lo suficientemente altos para no romperse al ser tomados por blancos de disparos o frascos vacíos lanzados por borrachos. Además, existía un tácito convenio: la rotura de algún espejuelo de aquellos, era tomada a modo de reto para atraer la mala suerte a los concurrentes al "Black Mirror".

Una menuda muchacha de largas trenzas y rostro oriental, cuya piel generosamente exhibida, tenía un color de "terracotta", se acercó a Gambler, contoneándose en su vestido verde de brillantes lentejuelas, que la enfundaba como la piel de una serpiente.

Sus ojos eran grandes y rasgados. Al sonreír, mostró los sucios dientes clareados por mellas...

—Hola, elegante. Soy Aminda, la costarricense.

—Hola, escamosa.

—¿Buscas a alguien?

—¿Y tú?

—Eres nuevo. ¿Vienes del "bayou"?

—Toma y trae dos frascos —dijo Gambler, tendiendo un dolar que pareció brotar de la palma de su mano aplicada sobre el antebrazo izquierdo.

Se sentó en uno de los palcos vacíos. Había ruido, discusiones y la música sonaba a veces alegremente. Pero no había alegría. Daba la impresión de que aquella gente no sabía sonreír. Eran semblantes hoscos, amenazadores, que al distenderse en muecas, pretendían simular risas que eran rictus bestiales.

Una mano vellosa se aplicó en el hombro de Gambler. Éste miró de soslayo. Un individuo vestido enteramente de dril blanco, con un ancho panamá y un cinto pistolero, tartajeó:

—Fuera... Este palco es mío.

Tras él, una matrona opulenta, biqueaba, emitiendo de vez en cuando un hipo que agitaba espasmódicamente su busto.

—Lo podemos compartir —dijo Gambler. conciliador, aunque su pierna se extendió disimuladamente tras las del individuo.

—Fuera... —repitió tozudamente el desconocido y su diestra avanzó intentando asir la solapa de la chaqueta de Gambler.

Vaciló hacia atrás engarfiando las manos en el aire al faltarle un punto de apoyo y cayó ruidosamente encima de la mujer que le acompañaba.

El rápido empujón que recibió en el estómago, era casi amistoso, pero la pierna extendida tras las suyas le hizo perder el equilibrio.

Mientras caía, sus dos manos descendieron, atenazando las culatas de sus pistolas.

Restalló silbando el látigo cuya correa rodeó la parte superior del busto en primera vuelta y el segundo lazo inmovilizó los brazos contra los costados...

—¡Corta! —gritó el derribado, agitándose y mostrando a la que en el suelo junto a él. tendió una mano hacia él cinto, en busca del cuchillo.

—Ponte en pie y vete —dijo afablemente un individuo que acababa de llegar.

Vestido enteramente de negro, era el mismo que había disparado contra el que había sido violentamente arrojado del "Black Mirror". La mujer obedeció prestamente.

Los dos penetrantes ojos negros del recién llegado examinaron críticamente el doble lazo del látigo cuyo mango mantenía Gambler en la diestra.

Seguía el apresado debatiéndose, enérgicamente. Dió Gambler un tirón y

tardó su adversario unos instantes en darse cuenta de que le habían liberado espontáneamente.

Se puso lentamente en pie y de pronto sus dos manos bajaron con rapidez.

—Yo no haría eso en su pellejo —advirtió la calmosa voz de Gambler.

Arrollaba alrededor del mango la larga correa. El otro, sacó a la par sus dos pistolas. Salió un disparo y la mano izquierda del vestido de blanco saltó bruscamente, como si acabara de recibir una pedrada.

Lanzando un grito de doloroso furor, amartilló la otra pistola. Un segundo disparo casi a quemarropa le echó hacia atrás la cabeza.

Veíase que la carga de plomo de la larga pistola de doble cañón que como por ensalmo había aparecido en la mano zurda de Gambler, era de más calibre que las ordinarias "Colt". Una mancha negruzca fué cubriéndose de rojo en el entrecejo del hombre vestido de dril blanco, cuyo sombrero panamá cayó al suelo, mientras él iba girando lentamente sobre los tacones de sus botas...

—Yo, en su pellejo, no hubiera hecho esto —repitió Gambler, mientras el individuo iba cayendo, para abatirse de bruces en el suelo.

Había cesado en parte el ruido que procedía de la sala. La orquesta continuaba tocando y en el tablado, una negra cantaba un ritmo salvaje, coreado a instantes por un borracho que repetía las contorsiones de la cantante, subido encima de una mesa.

—Buenas manos —comentó el hombre vestido de negro. Su tono de voz era afable.

Miraba como colgante ya del garfio el látigo, Rock Gambler cargaba con una sola mano su pistola, levantando el doble martillo.

—Gracias. Nos las dieron para servirnos de ellas ¿no?

—Trae —dijo el vestido de negro, cogiendo de manos de Aminda, la costarricense, los dos frascos—. Vete.

Colocó los dos frascos encima del madero empotrado en el bordé del palco.

Es el suelo, el hombre vestido de blanco, no podía oír las lamentaciones con que le cubría en sollozante abrazo la opulenta matrona,

—Le vi entrar —dijo el desconocido, sentándose al otro lado del madero que hacía las veces de mesa—. Soy Karry Bloem —y haciendo un amplio ademán que abarcó la sala entera, añadió—: todo esto me, pertenece.

—Rock Gambler —replicó Gambler, rompiendo el gollete de su botella contra el reborde del madero.

Karry Bloem se inclinó. Una de sus bien cuidadas manos chocó contra la mejilla de la arrodillada sollozante, cuya borrachera se traducía ahora en lamentos que parecían aullidos de chacal.

—Llévatelo, Lizzie. Me molesta verle y oírte.

Un voluntario ayudó a llevarse el cadáver, asido por los sobacos por la mujer.

—Tengo la impresión de haberle visto antes, Gambler.

—Ando mucho. Cambio con frecuencia de aires. Me lo han recomendado los médicos.

—Presiento un pronto cambio de aires —y aunque afable la voz, era expresivo el brillo de las negras pupilas.

—Por el camino había nubes bajas. Presagiaban tormenta.

—¿Listo, no? —inquirió Karry Bloem, apremiándole.

—Me buscó —prosiguió Gambler, indiferente—. Le advertí cariñosamente. Pero no quiso escuchar mi consejo.

—Usted se metió en su palco.

—Ignoro las costumbres de su casa, Bloem.

—Aquí nos sobran los listos de manos. ¿Viene del "bayou"?

—Vengo de Nueva Orleans, acompañando a mi hermana.

Karry Bloem bebió un sorbo de champaña. Había usado un sacacorchos de plata, que colgaba de una cadena, bajo su levita.

Rock Gambler le imitó y bebió también. Pero sus ojos no perdían de vista uno solo de los movimientos de Karry Bloem

En la sala seguía el bullicio como si nada hubiera ocurrida. Adosada a un pilar. Aminda, la costarriqueña, lanzaba furtivas miradas hacia el palco ocupado por los dos hombres.

—Generalmente, el que aquí impone el orden soy yo. ¿Se entera, Gambler?

—Ahora, sí. Pero nunca he aguardado a los guardianes del orden. Compréndalo. A eso debo el seguir de pie.

Un dolar de oro saltaba, subiendo y bajando, en la mano diestra de Rock Gambler.

El pie de Karry Bloem alzóse repentinamente y, con maestría, la punta de su bota hizo saltar de su funda la larga pistola de doble cañón de Gambler. Al mismo tiempo, su mano derecha acariciaba, como descuidadamente, el interior de su solapa izquierda.

La pistola fué a caer atrás de la silla en que se sentaba Gambler, quien continuó haciendo saltar en su diestra la moneda.

Su cuerpo encorvado continuó inmóvil, pero su mano izquierda estaba a medias oculta entre la piel de la bota y la tela del pantalón.

—Ya... —dijo, por todo comentario, Karry Bloem.

Sus dos manos, se aplicaron, llanamente encima del madero.

—Usted no es un vulgar matón —añadió, afablemente.

No había sonreído una sola vez. Causaba la impresión de un gato acechando al ratón a que saliera de su agujero.

Rock Gambler introdujo la moneda en su muñequera y mientras sus dos manos se apoyaban de plano sobre él madero, con el pie fué atrayendo hacia sí la pistola.

—Puede recogerla. Fué simplemente una prueba.

—Por el instante no la necesito.

—¿Le sobra con la que lleva en el interior de la bota?

—Tiene la ventaja de que apunta siempre al vientre. Y produce mucho asombro. Usted tampoco es un matón vulgar, Bloem.

—En Tampa no hay sitio para el que se ha "cargado" a Paddy, "el Conejo".

—Ah... ¿El fiambre era Paddy, el "Conejo"? No lo sabía.

—He dicho que aquí no hay sitio para usted, Gambler.

—No pienso quedarme. Voy al "bayou".

—¿Negros?

—Un próximo cargamento a la vista.

—Ya...

Rápidamente y de soslayo, miró Karry Bloem hacia la sala.

—¿Vino a sentar plaza de valentón?

—Procuraré continuar andando. Tengo callos y cuando me pisan, protesto.

—Recuerdo a un individuo forastero, que también iba al "bayou". Era bravucón. No conocía la prueba del cuchillo y las dos manos. Le dejé empuñar el cuchillo. Coloqué mi mano bajo la suya. No aguantó la prueba. En la sala dejaron de admirarle. Cualquiera se hubiera ya atrevido con él. Por ahora, es usted el que mató en Tampa, a Paddy, "el Conejo".

—Era una liebre. Poco hombre para mí.

Asió Karry Bloem la botella y bebió un trago. Su mano zurda continuó extendida de plano sobre el madero, y Rock Gambler vió la cicatriz que surcaba el dorso de la misma.

También estaba consciente de que, aunque con disimulo, muchas miradas convergían en el palco ocupado ahora por Karry Bloem.

—Ya estuve en Tampa, Bloem. Cuando el dueño del "Black Mirror" era otro.

—Entonces ya conocerá el juego.

—Sí. Un puñal y dos manos amistosamente juntas.

—El último dueño del "Black Mirror" perdió este juego conmigo. Yo me atravesé la zurda, pero él retiró su mano. Sus mismos hombres le abandonaron cuando le disparé.

—Yo no vengo a quitarle, el sitio, Bloem.

—Claro... Ponga su zurda encima de la mía.

—Usted es el dueño.

Colocó Gambler su mano encima de la de Bloem. Éste, con frialdad, miró a los palcos vecinos, que se habían vaciado como por encanto.

Pero si pareció abandonar su desconfiada vigilancia del que ante él se sentaba, no era más que en apariencia.

—Tengo que decirle, Bloem, que me interesa ir al "bayou". Quiero, por tanto, salir con vida de este salón de alegres muchachos.

—¿Y qué?

—Si quito mi mano, los alegres muchachos querrán "calzarse" el honor

de haber liquidado al que mató a Paddy, "El Conejo". Se me echarán encima como una jauría.

—¿Le da miedo?

—Todavía, no. Pero considero algo innecesario que usted y yo nos estropeemos nuestras manos. Son hermosas y limpias. Distintas de las de todos esos tipos sin sesos.

—¿Tiene puñal? Sáquelo. Le corresponde hacerlo, ya que tiene la mano encima de la mía.

Rock Gambler extrajo del interior de su chaqueta, con lento y cuidadoso movimiento, un puñal de largo mango.

Los ojos negros de Karry Bloem le vigilaban atentamente. El gesto lento hizo que la diestra de Bloem regresase al cuello de la botella.

En el tablado, cinco mujeres bailaban un desenfrenado "cake-walk".

—Estas truculencias desdican de nuestra mutua categoría, Bloem.

—Ellos las adoran. Me tienen respeto, porque sé jugarme la carne. ¿Tiene miedo, Gambler?

—Si estuviéramos los dos solos, no jugaría, Bloem. Pero ya sabe usted mejor que yo, que si retiro mi mano, todos se envalentonarán.

—Habla demasiado, Gambler.

Alzó Gambler la diestra armada. Y con golpe brutal hizo destellar la ancha hoja...

Hubo un repentino silencio, breve. La diestra de quien estaba enfrente de Karry Bloem, estaba cerrada en puño y de él sobresalía el largo mango del cuchillo clavado en las dos manos superpuestas encima del madero, Karry Bloem pestañeó sorprendido. No podía mover la mano, entumecida por el recio puñetazo... pero no sentía dolor alguno.

En la sala, elevóse de nuevo un murmullo confuso que fué acrecentándose.

—Todos contentos, Bloem —dijo Gambler inclinado hacia adelante.

—¿Cuál es la trampa?

La pregunta casi sonaba a pueril en labios del dueño del "Black Mirror".

—Usted sigue siendo invencible, Bloem. Yo podré salir de aquí sin que me zurzan a balazos. No me quedo en Tampa, Bloem. No es preciso, pues, que peleemos. He venido tan sólo a acompañar a mi deliciosa y encantadora hermana que quiere probar suerte en Tampa.

Miró Bloem las dos manos y el mango del puñal.

—¿Resorte?

—Otras veces me ha servido. Un botón en el mango y al subir hacia arriba, para asestar el golpe, aprieto. La hoja se oculta en el mango y un simple puñetazo basta. Siempre los demás retiran la mano. Usted no, Karry Bloem. Durará como dueño. Y nuestras manos siguen limpias y listas. ¿Arranco y basta un pañuelo?

Algo parecido a una sonrisa distendió la delgada boca de Karry Bloem. Su diestra extrajo del bolsillo de la levita un ancho pañuelo negro de seda con

el cual aguardó.

Rock Gambler hizo como si costara trabajo arrancar el puñal sin hoja, y apartó la mano zurda dejándola colgar al costado.

Enfundó el puñal rápidamente en el interior de su chaqueta y a la vez que lo hacía Bloem, rodeaba él también la palma de su mano izquierda con un pañuelo.

—Venga conmigo, Gambler. Tengo una sala especial para conversar con los listos.

Gambler recogió la pistola del suelo, mientras Karry Bloem, con alarde dedicado a los que miraban admirados, le volvía la espalda, echando a andar.

Rock Gambler siguió tras él, enfundando su pistola. Vió cómo Karry Bloem fijaba la mirada en los pequeños espejos inclinados que festoneaban las paredes, hasta que advirtió que él guardaba el arma.

Al final del ancho pasillo, extrajo Bloem una llave. Abrió y ambos entraron en un cuarto de fúnebre apariencia.

En vez de paredes veíanse espejos, al igual que en el techo. Dos divanes, un sillón, una licorera y un piano relucían en bruñido ébano.

—No se quede en Tampa, Gambler —dijo Bloem, sentándose en el sillón—. No quiero individuos como usted aquí. Perjudican. Hay que matarlos o asustarlos para qué otros los maten.

—Voy al "bayou" tan pronto haya colocado a mi hermana aquí o en el "Morgan Son's".

—¿Dónde está ella?

—Aguarda fuera, en el jardín.

Levantóse Bloem, pero su continua desconfianza le hizo mirar a los espejos, mientras avanzaba hacia el fondo del cuarto.

Uno de los espejos giró y entró una bocanada de aire cálido. Las luces rojas colgadas en los rincones de la habitación, iluminaron un trecho de la galería posterior y más difuminado, un retazo del jardín.

—Tráigala —dijo, manteniéndose junto a aquella abertura.

Rock Gambler avanzó, mientras Karry Bloem ajustaba, con mayor precesión, el negro pañuelo alrededor de su mano.

—Un momento, Gambler. ¿En qué otros "saloons" de la costa ha trabajado su hermana?

—En ninguno. Le dijeron que en Tampa podía hacer pronto fortuna. Es valiente... porque no conoce Tampa.

—¿Es su hermana?

—No.

—¿Es bonita?

—No quise entrar con ella, porque quiero vivir aún muchos años.

—Una mujer cualquiera es aquí muy codiciada.

—Ella lo sería en Nueva York.

—¿Y usted le recomendó Tampa?

—En Nueva York cuentan el dinero. Aquí lo dilapidan.

—¿Por qué no la conserva para usted si es tan hermosa?

—Me cansé de ella. No sirve para compañera de juego. Necesita enseñanzas y tengo otras más dóciles.

—Ya... Tráigala.

De costado salió Gambler. Desde la galería llamó:

—¡Brenda...!

—¿Desconfía, Gambler?

—¿Y usted?

—También, si la contrato, váyase. No hay sitio en Tampa para usted y para mí. Todos aquellos de allí dentro son idiotas. Si se queda le mataré, Gambler.

—Apenas ella se instale, iré al "bayou". Y cuando haya vendido mi mercancía, me iré por la costa norte.

—Ah...

La exclamación de Karry Bloem tenía un diapason menos afable y más elevado que su tono habitual.

En la galería enmarcada por la luz rojiza que reflejaba el espejo actuando de puerta, Brenda Wayne se detuvo, apoyando su diestra en el antebrazo de Gambler, quien sacudió la mano femenina.

Karry Bloem señaló el interior.

—Pasa, Brenda.

Ella entró sin aparente timidez ni cohibimiento. Latía su corazón, pero la atildada presencia del hombre vestido de negro la tranquilizó.

Karry Bloem cerró el espejo, adosándose a él. Junto a su hombro, Rock Gambler silbaba sordamente, durante el tiempo que duró el detenido examen de Bloem.

Brenda Wayne se sentó en el diván, arreglando los vuelos de su falda. Quitóse el chal y la pamelita.

—Puede irse cuando quiera, Gambler. Ella se queda.

Brenda Wayne miró unos instantes a Rock Gambler quien hizo una burlona reverencia.

—Ya estás donde querías, hermanita. Adiós y buena suerte.

—Adiós, Rock. Buena suerte.

Karry Bloem volvió a abrir la puerta espejo.

—No vuelva por Tampa. Queda advertido.

La forma de salir de Rock Gambler no fué habitual. Parecía como si hasta el último momento quisiera conservar la visión de la belleza rubia que, sentada en el diván, miraba con velada ansiedad hacia el hombre que se iba.

Pero, impasible. Karry Bloem volvió a cerrar. Se adosó al espejo y continuó en silencio.

—Sé cantar —empezó ella a decir, cuando se prolongó el molesto silencio..

—No te lo he preguntado. ¿Quién es Rock Gambler?

—Se brindó a acompañarme.

—¿Es tu hermano?

—No.

—Ambos sois inteligentemente sinceros cuando os conviene. Al despedirte de él le deseaste buena suerte. Un deseo vano. Fue al "bayou"... y no regresará nunca.

—Es valiente. Conoce siempre el terreno que pisa.

—Pero esta vez falló. El fango del "bayou" le enterrará.

La voz de Karry Bloem continuaba siendo afable. Su rostro seguía siendo impasible.

—Tarde o temprano, preguntará algo. Y aquí odian ser preguntados. Yo puedo ayudarte, Brenda. ¿No deseas hacerme alguna pregunta?.

Instantáneamente comprendió Brenda Wayne que no se hallaba ante un vulgar aventurero sanguinario. Aquél hombre de finos modales era un individuo que sólo circunstancialmente desempeñaba el cargo de dueño de una taberna en Tampa.

—La única pregunta que deseo hacer es saber a qué atenerme respecto a las condiciones en que trabajaré en el "Black Mirror".

—Tarde o temprano preguntaría... lo que voy a evitarte el trabajo de averiguar.

Y Karry Bloem, con sinuosa sonrisa más molesta que un gesto de amenaza, miró al espejo, preguntando:

—¿Quién mató a John Wayne?

CAPÍTULO IV

EL "BAYOU"

En el exterior, el aire dulzón estaba impregnado de humedad y las nubes se aglomeraban más densas y bajas, Del arzón del caballo quitó Gambler su saco de viaje, que se colgó del hombro.

Cuando se dirigía hacia la red de arroyos que se deslizaban entre los cañaverales, empezaron a caer gruesos goterones. Extrajo del saco una gran capa negra impermeable, adquirida en Nueva Orleans, que había hecho confeccionar con un doble reverso de dos telas formando una esclavina de color gris y el resto en azul.

Abrochada, no permitía ver el color del interior y bajo el amplio vuelo de la negra esclavina exterior, dos aberturas permitían movilidad a los brazos.

Se inmovilizó junto a un tronco de roble, cuando vio moverse una cercana sombra.

Era una grotesca figura retorcida de un hombre de huesos dislocados, cuyas piernas uníanse por las rodillas chocando al andar y cuyos pies planos, muy separados entre sí, comunicaban a la silueta un anadeo ridículo mientras iba avanzando.

Un busto estrecho hacía resaltar aún más la enorme cabeza que se bamboleaba como si fuera a desprenderle del delgado cuello largo.

Vestía una malla estrechamente ajustada de tejido rojo y la calva cabeza tenía en la cúspide de la ancha frente huidiza un mechón de pelos pajizos.

Desde hacía un año, todo el mundo conocía en la zona comprendida entre el lago Okechobee y Tampa, el popular idiota Jolly Roger, el maligno ente deformado que servía de bufón y era inspirador de muchas luchas, azuzando unos contra otros a los componentes de distintas bandas, excitando sus bajas pasiones.

En el centro de su ajustada malla llevaba, abarcando el endeble tórax, el pabellón de los extintos piratas del Caribe: una calavera y dos tibias cruzados, bordados en negro toscamente.

Pero aquel ser grotesco de risa aguada, que desgranaba por su boca desdentada y babeante, poseía un arte muy solicitado. Su inseparable violín que llevaba colgando de una funda al hombro, adquiriría, bajó su arco, vibraciones mágicas.

Se detuvo ante Rock Gambler, pendientes los largos brazos, que casi rozaban el suelo por la especial configuración de sus piernas.

Le miró prolongadamente con ojillos que habitualmente eran vacilantes y translúcidos. Eran ahora penetrantes...

Rock Gambler, a su vez, le contemplaba en silencio, y vio que cuando terminó su inspección extrajo de la funda su violín y apoyándolo bajo su puntiaguda barbilla en el hueco del hombro, aplicó el arco.



...el maligno ente deforme...

Las notas de una rapsodia húngara vibraron de pronto en el desierto paraje con aumentadas resonancias melancólicas,

El deforme empezó a andar sin dejar de manejar el arco. Tocaba maravillosamente, con prolongados arpeggios agudos, que en aquel sombrío lugar adquirirían estridencias melódicas estremecedoras.

Se dirigió hacia la negra línea de un arroyo y tambaleándose subió a bordo de una lancha plana, donde un mulato de apenas doce años, dormitaba tendido en el banco del remo.

Tras esta lancha, había otra. Ambas estaban protegidas por toldos de loma. Eran ligeras, de fácil manejo y estrecha manga, apta para deslizarse por entre los numerosos cañaverales. El mulato desperezóse y el ser deforme, siempre tocando su violín, se instaló bajo el toldo, arrellanándose encima de unos mugrientos almohadones que conservaban restos de comida.

La lancha remada por el mulato fué moviéndose. Entró Gambler en la otra, empuñando los cortos remos. La navegación a remo por aquellos dédalos de arroyos que se entrecruzaban y a veces parecían cesar bruscamente ante un espeso cañaveral, era laberíntica,

Muchos habían hallado la muerte extraviados en aquellos pantanos. Rock Gambler remó acompasadamente y en la obscuridad, la monótona e insistente

machaconería con que el extraño deforme iba repitiendo los motivos de la rapsodia húngara, parecía servirle de guía.

Era la zona perteneciente a los últimos corsarios antillanos, que allí se refugiaban para planear sus contrabandos de licores, sedas y negros.

En la poblada masa de sombras, que semejaba alentar con vida humana entre los erguidos cañaverales y las densas aguas negras, alzábase de vez en cuando como surgiendo del agua otra masa semimoviente, como un monstruo flotante que acechaba con sus mortecinos ojos luminosos. Eran barcazas, algunas a flote, otras embarrancadas en el fondo de limo, qué servían de moradas a los dispersos habitantes del "bayou".

Tras dos horas de continuo deslizamiento por entre sombras y barcazas, la lancha donde iba el deforme tocando incesantemente su violín, se detuvo ante una de aquéllas.

—El buen vino y las bellas mujeres de Jolly Roger —dijo el deforme, poniéndose en pie y bamboleando la cabeza.

El mulato amarró la lancha y volvió a extenderse en el banco. Casi todas las noches efectuaba aquel viaje, y el violín de su amo atraía a la barcaza, aventureros sedientos de novedades.

Tres mujeres había a bordo, que conocían las más extrañas danzas y a las que el mágico violín parecía convertir en epilépticas incansables.

Cuanto tenía lugar a bordo del antro de Jolly Roger, era muchas veces comentado jocosamente por los habitantes de la zona del "bayou".

Subió el deforme ágilmente por la escala de cuerda. Después de amarrar su lancha al costado, Rock Gambler subió también, siguiendo en pos del grotesco personaje, que entró en un camarote central.

Cerró la puerta a sus espaldas Rock Gambler. El deforme, colocó el violín encima del camastro del fondo.

Gambler miró a su alrededor. Nada había cambiado. Seguían los mismos tapices acolchando las paredes del camarote. Ni una sola, ventana ni respiradero y, sin embargo, no hacía calor. En el techo, unos agujeros anchos absorbían el aire por largos tubos.

—Buenas noches, señor —saludó el lisiado.

Su rostro no era ya el de un cretino maligno. Sentado al borde de un camastro, pulsaba, de vez en cuando las cuerdas del violín con sus dedos huesudos.

Escuchaba atentamente cuanto le iba diciendo Gambler, en pie ante él. Terminada su relación, sentóse Gambler en otro camastro.

—Bien, señor —dijo el llamado Jolly Roger, al acabar de hablar Gambler—. Yo juraría que sólo tres hombres pueden ser los que usted busca. Tres que me llamaron la atención por ser muy distintos del resto. Afectan, como todos, un peculiar espíritu de bravata pueril, pero son inteligentes.

—¿Karry Bloem uno?

—Sí, señor. Cada uno de ellos tiene ya muchos partidarios. Pero ya conoce usted lo que aquí ocurre. Muertos los tres, sus bandas se dispersarán.

—¿Y los otros dos?

—Hay una peculiaridad. Usan también nombres que parecen una contraseña, ya que empiezan por "K" y "B". El primero en llegar al "bayou", fué Karry Bloem. Después vino Kurt Ballantry. Poco después de la llegada de éste, apareció en el "bayou" un desconocido de una fortaleza excepcional. En el duelo del pañuelo venció a varios, e iba ya creándose partidarios, cuando repentinamente cundió la noticia de que lo habían liquidado, hundiendo después su cadáver en el "bayou", bajo la quilla del barco de Kurt Ballantry. Se llamaba John Wayne. Es el hombre que usted citó.

—¿Cuál es el tercero?

—Hace unos cuatro meses apareció Karl Bolder. Se ha ido imponiendo y vive en una casa instalada en la margen sur del lago.

—¿Por qué cree usted, James, que esos tres puedan ser los que busco?

—Alguna que otra vez han fingido reunirse casualmente aquí, para oír mi violín y ver bailar a las tres muchachas. Traían otras mujeres. Les vi intercambiar papeles escritos.

—¿Dónde reside Kurt Ballantry?

—En una barcaza situada a mitad de camino del cañaveral oeste.

—¿Cuáles son sus recursos?

—Treinta lanchas alrededor de su barcaza. Ha elegido a los que fueron marineros, al igual que Karl Bolder. Pero aun no han hecho expedición alguna.

—Indudablemente, son esos tres los que debo quitar de en medio. Entre Karl y Kurt, ¿cuál de los dos?

—Kurt Ballantry es un dogo prusiano, señor. Sabe lo que quiero significar, ¿verdad? Un hombre tallado en hierro, de una valentía suicida, y que, según se comenta, mató a John Wayne en un duelo espeluznante. El combate duró media hora, y el camarote en que tuvo lugar quedó destrozado. Podría usted colocar la pancarta de duelo en la zona arenosa del cañaveral. Ya conoce el estilo. Y yo sé que, llegada la hora del combate, usted..., y perdóneme, señor..., no se dejará vencer por un luchador tramposo.

—Si Rock Gambler reta, Rock Gambler perderá, James, usted sabe que estos tres individuos tendrán también sus informes.

El deforme asintió. Rock Gambler miró por unos instantes al inglés, que consideraba el mejor de sus agentes en Norteamérica.

—¿Ha oído hablar de "El Halcón", James?

—¿Quién no, señor? Es ese aventurero deportista que, por defender las causas justas, es perseguido por los rurales, y maldecido por todos los criminales. Dicen que es un caballejo del Sur, de gran fortuna y de cuna aristocrática.

—Si "El Halcón" retase a Kurt Ballantry, ¿qué ocurriría?

—Llevo un año en el "bayou", señor. Me he encariñado con él. Hay aquí una mentalidad que no existe en ningún lugar civilizado. Sólo respetan una ley: la ley del bravucón. Maldicen de "El Halcón" pero también afirman que si

éste tuviera el valor de aparecer por esta comarca, el que lo venciera podría considerarse como el jefe de todo el "bayou". Dicen que nadie iguala en la lucha a "El Halcón".

—"El Halcón" visitará a Kurt Ballantry esta noche.

James Fitzgerald, alias Jolly Roger en el "bayou", miró unos instantes a Rock Gambler, y, después de un momento de silencio, limitóse a decir:

—Cuando usted me enroló, señor, recuerdo la frase que me repitió varias veces: "Es de sabios aparentar necedad". ¿Puedo neciamente preguntar si recuerda también su otra máxima: "Siempre es fácil entrar; lo difícil es salir"?

—Tengo que terminar pronto esta labor, James. Hay de por medio una mujer que neciamente, siendo sabía, está corriendo el mayor de los peligros. Creyó que el "bayou" era un lugar donde su belleza y su inteligencia triunfarían. Vino a por tres cabezas, y no sabe que aquí a las espías les cortan la cabeza. Ha sido un estorbo, y... también un misterio; *Lord Dembley* la envió a ciencia cierta de lo que hacía. Pero por lo que sea, quizá porque admire su ambición, el caso es que, si puedo evitarlo, no deseo que la linda cabeza de Brenda ruede por el lodazal. Tengo, pues, que quitar de en medio lo antes posible a los tres "KB".

—Kurt Ballantry tiene un sólo punto débil, señor. No bebe, no juega, no se arriesga tontamente. Pero si yo le dijese que tengo a bordo una sorpresa, vendría ésta noche.

—Comprendo... Vendrá por la mujer desconocida que usted ha sabido traer de los poblados de la costa, ¿no?

—No hay riesgo, señor. Yo continuaré siendo el malvado bufón idiota del "bayou", porque usted sabrá silenciar para siempre a Kurt Ballantry.

—Puede quedar flotando con un halcón dibujado en el pecho. Será artístico, tendrá regusto de venganza del bien contra los que manejan los resortes del mal. En esta guerra sórdida de la que somos peones, James, debemos buscar alicientes. Usted tiene su violín y la inmensa satisfacción íntima de saber que a solas lleva en esta peligrosa zona una labor utilísima.

—Y usted, señor, satisface también su íntima sed de aventura y olvidó. Yo soy un deforme cretino, y usted es un *tahur* sin escrúpulos, que de vez en cuando rubrica hechos que el propio "Halcón" firmaría.

—Hábleme de Karl Bolder, el último de los llegados al "bayou".

—No bebe, no juega, no tiene mujeres. Es inasequible. Un temperamento de artista. Modela en cera preciosas figuras, dándoles colores humanos. Es un atleta completo. Casi digno rival para usted, señor. Impone un extraño respeto a sus hombres. Tiene aspecto de santón. Una larga barba rubia rizada le llega a mitad del desnudo pecho. Una larga cabellera cubre sus hombros. En el Museo de Arte Británico vi una vez el cuadro que representaba a Hércules forjador. Así es Karl Bolder. Por juego, empuña con una sola mano un martillo especial con el cual ha machacado hombres en pelea, derribándolos muertos como si fueran pieles de trapo. Profesa el culto del músculo, y se pasea cambiando de mano en mano su martillo, para hacer resaltar su

poderosa anatomía. De los tres "KB", lo considero, el más peligroso. Alguna que otra vez voy a su guarida. Me paga bien y tiene buen gusto. Pide siempre músicas románticas. Chopin, Liszt, Schubert... Sufre de los ojos, y sus hombres dicen que la luz le hiere. Por eso lleva una cinta transparente de tela roja rodeando sus sienes, anudada a la nuca y velando sus pupilas.

—Muy bien, James. Ya conozco el terreno que piso. Ahora puedo dormir sin peligro. Si logra usted atraer a Kurt Ballantry como no dudo lo conseguiré, avíseme su llegada con unos compases del "Canto del Cisne". Si viniera acompañado, toque la "Serenata fúnebre". Ambas piezas las domina y me pondrán en estado ambiental.

—Gracias, señor... —dijo, sonriendo James Fitzgerald—. Hace tiempo que deseaba, oír una manifestación de nuestro *humour*. En el *bayou* desconocen por completo el sentido del humor.

Durante el día, el "bayou" se animaba con el continuo ir y venir de lanchas. Era un abigarrado y pintoresco espectáculo. Mulatos, rubios nórdicos escandinavos, nerviosos italianos, una pléyade de razas y degeneraciones ofrecíanse en muestrario humano en la zona donde la mano de la ley no se arriesgaba a penetrar.

Cuando la lancha remada por un jovenzuelo mulato pasaba por entre otras, escapándose de ella musicales arpegios, el violinista cretino y deforme, oía toda clase de exclamaciones.

Él, como respuesta, agitaba la cabeza haciendo muecas babeantes, y su aspecto provocaba risas entre los habitantes del "bayou".

Al caer la noche, volvía el "bayou" a convertirse en un silencioso y negro deslizarse de arroyuelos atravesando cañaverales.

A bordo de la barcaza de Jolly Roger. rígido el torso, Kurt Ballantry dirigióse hacia el camarote central.

James Fitzgerald tocó con su habitual maestría el lamento melódico del "Canto del Cisne"...

CAPÍTULO V

KURT BALLANTRY

Los sentidos debían estar perpetuamente en alerta en el "bayou", y lo demostraba el hecho de que Kurt Ballantry entrara en el camarote llevando en cada mano una pistola.

Vestía militarmente una larga levita azul abrochada hasta el cuello. Un pantalón bombacho abullonábase introducido en altas botas cuyos vuelos se ensanchaban a medio muslo.

El cabello, cortado al rape, coronaba un rostro rubicundo, de fríos ojos azules. Un ancho bigote en cepilló se rizaba sobre los labios gruesos.

Daba la impresión de un dogo carente de fibras humanas.

—¿Dónde está la cubana? —interrogó con acento gutural y ronco, mientras una de sus manos armadas describía un semicírculo, señalando el vacío camarote.

—Viene ahora, mi jefe —graznó Jolly Roger—. Mis bellas se acicalan cuando les anuncio la visita de un poderoso jefe.

El gesto con que Kurt Ballantry introdujo sus dos pistolas en las fundas coincidió con un restallido agudo...

Como una sierpe enfurecida resonó la larga correa del látigo, que se enroscó alrededor de los antebrazos de Kurt Ballantry, manteniéndoselos, presos contra los costados.

Fué a girar, pero la misma cortina que entreabriéndose, silbó al aparecer el látigo, abrióse del todo, y una alta sombra enfundada en larga capa negra saltó hacia delante, mientras un puño chocaba con precisión en el entrecejo de Kurt Ballantry.

El corpulento aventurero se tambaleó, y el segundo golpe en el mismo lugar le hizo desplomarse...

La agresión había sido rápida, evidentemente calculada en su menor gesto. Junto al caído Ballantry, James Fitzgerald cerró la puerta, y, volviendo a coger su violín, sentóse en el camastro.

—Si no tiene inconveniente, señor, desearía presenciar el interrogatorio de este cerdo. Dio tortura a dos pobres infelices mulatas, dos hermanas que vinieron de un pueblo cubano. Una de ellas me curó cuando cogí fiebres.

—Los sentimientos deben a veces escucharse... —dijo Gambler, mientras ataba con cuerdas ya dispuestas para ello al corpulento aventurero, que permanecía inconsciente, sentado en la silla en que se le colocó.

—Nadie sabe que lo traje aquí, señor.

—¿Y el mulato?

—Le cortaron la lengua. No sabe escribir y es idiota. El más eficaz de los remeros en el "bayou".

Kurt Ballantry tenía nervios de acero. Sin embargo, no pudo reprimir un sobresalto cuando, después de cabecear mientras intentaba reponerse, sus

ojos, estriados por los dos golpes contundentes, se fijaron en el que sentaba ante él.

La larga capa negra y la cruel máscara de oblicuas rendijas, simulando un ave de presa, eran, aun más impresionantes, dada la figura que, sentada en el camastro y a medias oculto por el enmascarado, tocaba en sordina, unos compases de la "Marcha Fúnebre".

—"El Halcón" —masculló Ballantry.

—Hay muchos carteles ofreciendo recompensa por mi captura. No me envanezco, pues, por el hecho de me conozcas. Pero yo no te conozco, Kurt Ballantry.

La mirada del alemán se clavó en el deforme violinista...

—¡Tú..., aborto, traidor! —rugió, colérico.

El aludido continuó pulsando en sordina su violín.

—No pienses en él, Kurt. Piensa en ti. Nunca vine al "bayou" porque mi presencia era innecesaria. Os matáis entre vosotros y me ahorráis trabajo. Nunca hubiese venido al "bayou" pero el "tam-tam" del rumor me informó de algo que ha hecho precisa mi intervención. No forcejee, Kurt. Cuando ato a un hombre, sólo yo puedo desatarlo. El "tam-tam" habló de ti, Kurt. Dicen sus redobles que eres inteligente. Vas a demostrármelo.

Kurt Ballantry sólo sabía mirar con odio al violinista, que parecía abstraído oyendo los amortiguados sonidos de las cuerdas vibrando.

—Trafica en negros, vende drogas, comercia en licores, Kurt, que por ello no te he de pedir cuentas. Ya caerás, tardé o temprano, en manos de uno de tus iguales. Pero hay algo que te ha de costar la vida sí el "tam-tam" no ha mentido.

Kurt Ballantry miró ahora al que era reputado un original "fuera de la ley".

—Hay guerra en Norteamérica, Kurt. Una guerra de hombres civilizados. Sembrar la muerte entre civilizados es crimen en el que tú no debes participar. Basta con tus actividades en el "bayou".

Una expresión astuta destelló en las pupilas azules del prisionero.

—¿Qué quieres saber, "Halcón"?

—Estás dócil. Demasiado dócil, Kurt. ¿Es cierto que tú y dos cómplices pensáis dedicaros al comercio de suministrar armas a los belicosos Norteamericanos?

—Sí.

—¿Es cierto que pensáis surtirlos en los barcos que envía una fábrica inglesa?

—Sí.

—¿Quiénes son tus dos cómplices?

—Puedo conducirte hasta ellos. Sólo yo puedo informarte de quiénes son.

—Tu docilidad es agradable, Kurt. ¿Qué eras en tu tierra? ¿Oficial de caballería? ¿O quizá agente del *Trust Krietz Burhandt*?

Kurt Ballantry envaró los hombros entre las cuerdas que le mantenían contra la silla.

—He perdido —dijo, secamente.

—¿Por qué no lo niegas? Quizá te hubiese creído...

—Tú no eres "El Halcón"...

Rock Gambler quitóse la máscara. Tenía un semblante serio sin la sempiterna sonrisa burlona.

—Te saludo, *Herr* Kurt. Sabes perder. Si no hubieras cometido crueldades innecesarias, te concedería una muerte digna.

—No saldrás del "bayou", Rock Gambler. No podrás dar un paso. Tu adscripción ha sido retransmitida por toda la comarca. Te han descrito como un espía de la justicia, que viene a incendiar los cañaverales. Por todas partes te acechan. Puedes matarme, porque en nuestra lucha no hay piedad. Pero muero tranquilo, porque poco tiempo me sobrevivirás.

—Hermoso discurso. Oí uno semejante en la Torre de Londres. Vosotros sabéis morir, Kurt. Pero no sois bastante dúctiles. Hubieras sido buen capitán de barco... pero eres un mal agente. Si sabías que Rock Gambler rondaba por aquí, ¿por qué no venciste tu pasión, dejando de acudir a la cita? Debías desconfiar, pero estabas obcecado.

—Caí en la trampa. Pero no saldrás tú de todas las que te han tendido por el "bayou".

—Vivo de la trampa, Kurt. Lo siento. Como muy bien has reconocido, te ha tocado perder. Por ser mi competidor, tú me habrías dado la peor de las muertes sin el menor reparo. Debes desaparecer, Kurt, pero yo no seré tu verdugo. Dejo la palabra a Jolly Roger. Él tiene acusaciones contra ti, que nada tienen ya que ver con Karry Bloem ni Karl Bolder.

Kurt Ballantry parpadeó, abultados los gruesos labios por la repentina crispación de sus mandíbulas.

—La asociación "KB" va a perder un socio. Pero lo que diga Jolly Roger no lo escuchará Rock Gambler, si no "El Halcón". Estas concesiones al espíritu justiciero y quijotesco, no tienen nada que ver con nuestra lucha entre tinieblas.

James Fitzgerald levantóse llevando bajo el brazo su violín. Su cuerpo deforme en pie tenía la misma altura que el de Kurt Ballantry sentado.

—Eran dos muchachas, alegres, para las que cambiar de amores era como para los pájaros saltar de rama en rama —empezó a decir el deforme inglés con voz evocadora—. Tuvieron compasión de mí. Eran las únicas personas en el "bayou" que no se burlaban al verme. Por impulso de seres caritativos, me cuidaron cuando estuve enfermo. No tenían maldad...

Kurt Ballantry tuvo un sobresalto, que en su frente perló en gotas sudor, cuando, cortando sus frases, él deforme arrancó una cuerda del violín, que, al separarse de la madera produjo un sonido agudo y escalofriante como un chirrido.

—Eran buenas a su modo. Tú las llevaste abordo de tu barcaza. Tu látigo

las convirtió en dos cuerpos ensangrentados, y el "tam-tam" del "bayou" contó que, para reanimarlas, rociabas con vino y pólvora sus pieles rascadas. ¿Por qué esa crueldad, Kurt? El único daño que te habían hecho era que no quisieron servir de juguete a tus torpes deseos. Saltaban de rama en rama, pero evitaban los charcos pestilentes, porque, dada su naturaleza primitiva, no podían aspirar sus emanaciones sin sentir náuseas. Y vieron que eras un charco pestilente y que tu cráneo albergaba un cerebro enfermo...

—¿Calla! ¡Desvarías! —gritó el alemán, mirando desorbitado la cuerda de violín que el deforme iba haciendo oscilar ante su rostro.

—Después las rociaste con alcohol, y prendiste fuego, Kurt. También así diste muerte a muchos otros. Pero eran enemigos tuyos y eran hombres que podían defenderse. Considero un privilegio poder torturarte moralmente, Kurt. Debes odiar el pensamiento de que yo, un ser contrahecho, un aborto de la Naturaleza, va a darte muerte a ti. Y no fuiste hábil agente. Supusiste qué yo era un cretino que te tomó aun más miedo cuando diste tormento a las dos pobres infelices. El miedo del "bayou"... Por el miedo se imponen todos los que quieren ser Jefes.

—¡Tu calla! —aulló el prisionero, mirando como hipnotizado la cuerda del violín.

—Al darles muerte a ellas dos, arrancaste del violín de mi corazón una cuerda. Ya no volverá a haber quien de mí no se burle. Ya no habrá, en mi frente sudorosa la caricia de una palma caritativa, que me daba por piedad, amor y consuelo en mi drama de monstruo que por doquier provoca la burla y el escarnio.

Fué rápida la maniobra con que la tensa cuerda rodeó la garganta del alemán, hincándose en ella.

Dos minutos después, el deforme quitaba la cuerda y volvía a colocarla en su violín.

—Lo siento, señor —dijo, dirigiéndose a Rock Gambler, que no había presenciado la "ejecución", limitándose a permanecer en pie vuelto de espaldas—. Creo que perdí mi sentido del humor, y por unos instantes fui un lloriqueante verdugo grandilocuente.

—Todos tenemos nuestras debilidades, James.

—Sí, señor. Y también siento tener que comunicarle lo que el "tam-tam" del "bayou" iba redoblando hoy por los arroyos.

—Hable, James. Parece vacilar...

—Hay mucha sordidez en la tétrica lucha de inteligencias al servicio de misiones en las que la existencia humana no tiene valor ninguno.

—Le ruego que dé por terminado el paréntesis de sentimentalismo, James. Resérvelo para cuando vuelva al Museo de Arte de Londres.

—Entonces, señor, antes, de explicarle el suceso, debo informarme de cuáles son sus órdenes respecto al primer "KB".

—Con brea píntele en el pecho un halcón, y alguna frase grandilocuente. Repercutirá en mayor gloria de "El Halcón" y haremos una concesión a la

desmedida afición por la truculencia que demuestran es el "bayou"... y que le ha contagiado levemente.

—Vino en su lancha, señor. ¿Puedo largarla a la deriva?

—Hágalo; naturalmente; cuando esté en ella atado el cuerpo del primer "KB". Esta noche queda aún tiempo para ir a visitar a Karl Bolder. Usted irá como adormecedor de los espíritus alerta. Su violín es un buen instrumento, James. Karl Bolder es un sentimental que adora las musiquillas. Deléiteles con ellas, permitiendo así que pueda llegar hasta él con el máximo de seguridades. ¿Tiene usted algún rencor personal contra él? ¿Alguna venganza sentimental?

—Ninguna, señor. Al enrolarme, usted me dijo que los sentimientos no podían dejarse oír, si a la vez no daban un resultado práctico.

—Percibo cierta nota en *re mayor*, James.

—No es rencorosa, señor. Por más que haga..., conmigo no logrará demostrarme que no sucumba también a veces al deseo de oír vibrar ésa orquestina de violines sentimentales que, desgraciadamente, todos llevamos oculta en el pecho.

—Bien. ¿Qué debía comunicarme?

—Karry Bloem ha dado muerte a Brenda, la gentil inglesa que con sólo una aparición en el tablado del "Black Mirror" había levantado olas admirativas. Eso dice él "tam-tam" del "bayou".

Rock Gambler tardó unos instantes en replicar:

—Si a la madrugada no estoy de regreso. James emplee una segunda cuerda de violín para el tercer "KB".

—¿Deduzco, señor, que va usted a visitar a Karry Bloem?

—Hay preguntas, James, que son superfluas por su aparente necesidad. Y comprendo el sabio reproche. Pero no hay sentimentalismo. Karry Bloem debía morir.

—Indudablemente, señor. Espero que mi violín no sufrirá nueva mutilación, señor.

Rock Gambler, abrochada la larga capa negra, y alzado el cuello de la esclavina, salió del camarote.

James Fitzgerald quedó contento de sí mismo. Su última frase era un exponente de que sabía hacer un voto sentimental sin demostrarlo.

CAPÍTULO VI

KARRY KARL BLOEM

Aminda, la costarricense, no era distinta en mentalidad a los hombres que frecuentaban el "Black Mirror". Sentía sólo respeto por una cualidad: la valentía.

Y guardaba cierto resquemor contra Karry Bloem por haber intervenido cuando ella se disponía a entablar conocimiento con el desconocido, que ahora sabía ya que se llamaba Rock Gambler y era un enviado de los rurales para incendiar los cañaverales, cómo ya en otras tres ocasiones había ocurrido.

Admiraba al que solo se había internado en el "bayou", yendo a una muerte cierta, pues hasta para los propios habituales el dédalo de los arroyuelos era una comarca hostil, donde siempre estaba acechando la reyerta y la muerte.

Deambulaba sola por el rellano de los palcos, porque no se hallaba con humor suficiente para soportar las rudas chanzas de los concurrentes. No sabía que partido tomar: vacilaba entre hallar una estúpida alegría vaciando frascos, o dar rienda suelta a su nostalgia, haciendo como muchas otras que repentinamente y en medio de una aparente algazara se desplomaban de bruces sobre la mesa, tomando sus brazos como almohada para verter en ellos saladas lágrimas que escocían, y que eran inexplicables para los testigos.

Sintió contra su desnudo hombro chocar una arenisca, pero no estaba de humor para responder a la "galante" llamada.

Oyó un tenue silbido. Miró hacia el exterior, donde como prolongación de la galería una rústica glorieta servía de refugio tranquilo para parejas de acuerdo temporal.

Una sonrisa alegre y a la vez de temor, distendió su boca, mostrando las mellas que clareaban la dentadura.

Contoneando su cimbreante cuerpo revestido de lentejuelas verdes, fingió apoyarse en el umbral para abismarse en la contemplación de la noche.

Tenía la convicción de que algo hermoso iba a iluminar su existencia tediosa y mísera. Por de pronto, el que fuera sorprendida ablando con el hombre perseguido por todos sería suficiente para que el propio Karry Bloem la diera muerte.

—Quiero hablarte, esmeralda —bisbiseó junto a ella la voz de Gambler.

Ella cerró por dos veces los párpados en mudo asentimiento. Sus ojos rascados tenían una sumisa expresión.

—Al fondo del jardín, en la empalizada de espinos.

Ella volvió a pestañear, y, dando media vuelta, fingió por unos instantes vacilar entre regresar al interior o ir a pasear por el jardín, como solían hacerlo las que se sentían hartas, del pesado ambiente que flotaba en la pista.

En la empalizada de espinos, la obscuridad era completa. Más que ver a

Rock Gambler, lo presintió...

—¿Sabes quién soy, Aminda?

Su nombre en boca del misterioso aventurero le sonó a ella como nuevo, distinto.

—Me invitaste anoche, pero se interpuso Karry. Sé que te llaman Rock Gambler.

—Casi nos conocemos, Aminda. Yo tengo prisa por irme de aquí, y tú, si pudieras, regresarías a los cafetales de tu tierra.

—No he tenido suerte, amigo. No volveré nunca a mi tierra, porque mi juventud está ajada, y volver pobre y fea donde fui honesta y hermosa, no lo quiero.

—Tu juventud se mustia entre las emanaciones del alcohol y los alientos de seres sin corazón, Aminda. Pero volvería a renacer si te vieras de nuevo en la tierra, que nunca debiste abandonar.

—Me sedujo hombre como tú. Un hombre que nada tenía que perder, porque llevaba en su rostro la dureza del hombre sin fe en nada ni en nadie.

—Tengo fe en que tú tienes hartura de Tampa.

—Cierto

—¿Confías en mí?

—No. Pero me gustas —y desgranó una risita sensual.

—¿Puedo yo confiar en ti?

—¡Quién sabe!

—Hermosa es la noche, Aminda. Se fueron las nubes, y una luna fría cortejada por estrellas temblorosas es promesa de mejores noches bajo el cielo de tu tierra.

—Pico no te falta, amigo. Sé que mientes, pero me gusta tanto oírte mentir, que dispuesta estoy a cuanto me pidas.

—Lo que quiero ha de favorecerte. Ayudándome, te ayudarás. Tus negros ojos rebosaban de fastidio cuando los vi antes que me vieran. Después, intentaste suerte, y tus ojos mentían la falsa alegría de la existencia que se ha dado en llamar alegre. Vistes escamas de serpiente, pero hay aún en ti restos de la moza trabajadora que fuiste. ¿Quieres ayudarme?

—Muchas mujeres han debido oír tus bellas mentiras, Rock Gambler. Hablas acertadamente..., aunque no sientas lo que digas. Pero a veces desea una escuchar bellas mentiras, prefiriéndolas a toscas verdades.

—Déjame ahora decirte una tosca verdad. Brindarte amor sería pagarte mal. Pero si algo vas a exponer, puedo ofrecerte a cambio un buen premio. En dinero, pero no como compra, sino como reparación por el que, teniendo un rostro sin fe, la mató en ti. Puedo yo creer ya en muy pocas cosas, pero no quiero que los demás se contagien. Y quizá será para mí un buen recuerdo de esta tierra de airé viciado el haber intentado devolverte a tu tierra, donde el aire seguirá siendo para ti fresco y amable.

—Pide

—¿Donde descansas alegremente de tu triste trabajo de mujer alegre?

—En el piso alto del "Black Mirror" dormimos, todas.

—¿Sabes, pues, lo que allí ocurre?

—De pocas cosas podemos hablar si no es de lo que a diario vemos.

—Yo dejé un caballo...

—Y una mujer. Una linda rubia delicada. ¿Dónde la encontraste? ¿Por qué la cediste a Karry?

—Hablemos primero del caballo, de un potro negro al cual no seduje ni vendí. .

—Lo guarda Karry en el almacén de víveres.

—Mil dolares si mañana por la noche estás esperándome, en su silla, en la bahía de Cheepsake, junto al "Roquizo del Pino". Cuatro mil más te daré cuando, galopando hacia el Norte, te deje en puerto civilizado.

Aminda la costarricense exhaló un suspiro en el que se mezclaba su ansia de creer y el escepticismo de la costumbre.

—Robar el caballo, puedo hacerlo. Pero no iría muy lejos, Karry...

—Karry Bloem tiene, una cuenta pendiente conmigo.

—Creo que eres de los hombres que no saben vengar a una mujer. Y triste condición la nuestra, que en vez de despreciar a los que son como tú, nos sentimos atraídas...

—Háblame de ella.

—Poco después de qué tú, tras clavar la mano de Karry bajo la tuya, te fuiste con él, cundió el rumor de que Karry iba a contratarte. Media hora pasó, y Karry reapareció conduciendo de la mano a una desconocida. Era rubia y su piel era fresca y juvenil. Piel de mujer cuidada que no bebe ni trasnocha. Era un hallazgo. Parecía temerosa, aunque sus ojos eran desafiantes. Karry, con esa insultante finura que se gasta, la llevo hasta el tablado. Siguió ella desafiante, pero la pobrecilla tenía miedo... Cantó, y Karry aplaudió el primero. Todas tenían envidia. Veían en la forastera una competencia imposible de vencer. Karry volvió a marcharse con ella. Reapareció tras cierto espacio de tiempo, llevándola en brazos, y la sentó en su palco... Fue... fue el grito de la gorda Tilly lo que nos hizo mirar a todos hacia el palco...

Se detuvo ella, aspirando aire. Karry tenía en la mano un largo machete, y el extremo de la hoja estaba hincado en la garganta de la que vino contigo. Todos vimos cómo la... la cabeza rubia rodaba por el suelo. Y el cuerpo, sin... el cuerpo hubiese caído si el infernal Karry no lo hubiese abrazado por la cintura. Ahora, dicen que la cabeza de tu amiga está colgando de un espejo del cuarto de Karry.

Guardó ella silencio unos momentos, y después, encogiéndose de hombros con un gesto cansado, dijo, a modo de oración fúnebre:

—Quizá más le valió así. Era demasiado bonita y señora, para mustiarse en el "Black Mirror".

—Mil dolares es una buena cantidad, Aminda.

—Hablabamos de la rubia que tú entregaste a Karry. Éste la mató con un machete, pero tú eres más culpable que él.

—Valor tengo. ¿Dónde están tus mil dolares?

—Ábreme la puerta-espejo del cuarto de Karry y te los daré.

—Podría entrar, pero si me vieran salir, el machete de Karry daría otra alegría a los hombres del "Black Mirror"

—Sería tu último gesto en el "Black Mirror". Abrirme la puerta, coger los mil dolares, irte a buscar el caballo, y esperarme hasta mañana por la noche en la bahía de Cheepsake junto al "Roquizo del Pino".

—No entiendo, amigo. ¿Quieres matar a Karry?

—No tienes por qué entender. Basta con que quieras ganar el precio de tu regreso a tu tierra, o la huida a otros parajes.

—Puedo abrirte la puerta, y avisar a la vez a Karry.

—Es un riesgo que corro. Riesgo menor. Que entrar y pasearme por entre la jauría que espera morder.

—Yo puedo aguardar a que mates a Karry y huir contigo...

—Me queda otra visita por hacer.

—Has tenido un acierto, Rock Gambler. Has llegado en un momento de tantos en que igual me da morir que vivir.

—Vivir con cinco mil dólares es abrir una puerta a un porvenir mejor. Ya ves... Simplemente abrirme una puerta representa mucho para ti.

—Lo intentaré. Pero si en mi camino se interpone Karry, volverá a mí la cobardía, y te delataré.

—Eres leal, Aminda. Tengo la convicción de que no me delatarás más que en caso extremo. Buena suerte que también lo será mía. Aguardo.

Aminda, la costarricense, empujó sobre la punta de los pies, tendiendo los labios. Pero por sí misma, en la obscuridad, se apartó riendo...

—Hubo un día en que podía ofrecerlos. Hoy, no... —y rió más amargamente, pero sin hiel—. En cambio nunca supuse que para abrir una puerta y robar un caballo tendría que venir a Tampa.

En la penumbra del jardín fué contoneándose la cimbreante funda de verdes lentejuelas, hasta enmarcarle en la galería.

Rock Gambler dirigióse hacía el sitio de la galería desde donde la noche anterior había llamado a Brenda Wayne.

Karry Bloem, antes de ser el propietario del "Black Mirror", había ejercido varias profesiones. Fullero, en un casino de Hamburgo, bailarín en un tugurio de Amsterdam, dictador del hampa en los barrios bajos de Amberes, su carrera no había sufrido eclipse debido al perfecto control y dominio de sus nervios.

Era irlandés de nacimiento y no había vacilado en adoptar el nombre de Karry Bloem cuando recibió la oferta del agente de un núcleo de factorías de armamento para ser uno de los tres que organizaran en Florida la flotilla corsaria destinada a hundir los barcos de *Lord Dembley*.

Y un extraño cúmulo de circunstancias le había hecho acatar como única dirección el mando de Karl Bolder.

Aquella noche, la siguiente a la visita de Rock Gambler y la breve aparición en el tablado de Brenda Wayne, Karry Bloem sentíase más próximo que nunca al triunfo del ambicioso plan fijado por Karl Bolder.

No era un aventurero decidido, sino un futuro jefe de la industria ingeniosa, cuyos beneficios serian incalculables gracias al talento innegable de Karl Bolder.

No serían ya murciélagos rapiñando en noches tormentosas, con amaneceres inciertos, sino águilas de vuelo seguro y permanente estabilidad.

El "Black Mirror" no sería ya un peligroso modo de vivir, sino el cuartel general de tripulaciones aguerridas, con una finalidad concreta.

La guerra que acababa de estallar entre los Estados del Norte y del Sur les proporcionaría a modo de trampolín el salto desde una vida en continuo riesgo al cómodo sillón de financieros.

Mientras esos pensamientos se barajaban tras su frente, iba desfilando por entre mesas y sillas, atento a suscitar las miradas de respetuoso acatamiento de aquella turba de maleantes.

Para otros la gloria era una droga necesaria, Para Karry Bloem su droga era saberse conceptuado como el hombre más peligroso de Tampa...

Al filo de la medianoche sintió deseos de beber una copa de su champán especial, "Grand Crû Reserve", que guardaba en la licorera de su cuarto.

Entró en la habitación, y, tras cerrar la puerta por dentro, como siempre que permanecía unos instantes aislado, aproximóse a la cortina que delante de un espejo ocultaba su amable licorera.

Descorrió la cortina, y tranquilamente eligió una copa, cuyo borde limpió con un pañuelo negro.

Encima de la repisa del mueble, una cabeza humana colgaba pendiente de los largos cabellos rubios.

Los rasgos delicados de Brenda Wayne eran serios, estáticos, cerúleos en su palidez mortal...

Llenó Bloem una copa y, alzándola, la colocó ante los ojos azules sin vida.

—Brindo por ti y tú esposo, Brenda Wayne.

La copa no tembló en su mano cuando, contra su espalda, sintió la presión de un rígido acero.

—Yo en tu pellejo no me movería, Karry Bloem.

Karry Bloem palideció, porque la voz que oía era la de Rock Gambler, al que suponía flotando en algún charco del "bayou".

Dejó caer la copa, y el mismo pañuelo con que había limpiado el borde del cristal lo introdujo por un extremo entre sus dientes crispados.

Sabía que no era una pistola la que arañaba su levita a la altura del corazón. Lo que se apoyaba en su omóplato y con precisión de práctico en semejante amenaza era un agudo puñal...

—Los hombres matan cara a cara, Gambler... —dijo, mordiendo las palabras.

—No hay testigos, Karry. Estarnos solos, y a los asesinos no se les debe tratar como a los hombres.

—¿Brenda?

—Ella no cuenta, Karry. Cuando en tu pecho sientas el frío de un acero, no pienses en Brenda. Piensa en todos tus asesinos diseminados por el "bayou" para darme caza.

—Yo no soy un asesino...

Las palabras de Karry Bloem sonaban duramente, porque las pronunciaba manteniendo el pañuelo entre los dientes.

—Ni contigo quiero serlo yo, Karry.

Fué brusco el empujón con que la zurda de Gambler hizo gira sobre sí mismo al dueño del "Black Mirror", que se halló frente a su visitante, y sintiendo ahora contra el pecho la aguda punta del puñal.

Los negros ojos del irlandés miraron fijamente a los que, a mayor altura que los suyos, tenían la misma implacable dureza sin humanidad.

—La verdadera valentía de los imbéciles reside en hacer sin testigos lo que los demás hacen ante público. Hay una pistola en tu sobaco izquierdo, Karry. La tengo yo también en un costado. Tienes puñal en la vaina del cinto. Siempre fuí ventajista, pero el "bayou" me ha dado sed de bravatas. El extremo del pañuelo colgante lo cogió Gambler, y, mordiéndolo, lo tensó. Los dos rostros quedaron más cercanos...

Un destello brilló en la diestra de Karry Bloem. El puñal que acababa de desenvainar quedó detenido en su rápido viaje hacia arriba por la mano zurda de su contrincante, que presionó en el bíceps contraído del irlandés.

Saltó hacia atrás Karry Bloem, soltando el pañuelo. Dejóse caer de rodillas, llevándose la mano al sobaco y soltando el puñal...

No pudo disparar porque su cabeza pareció quebrarse por la nuca, al recibir en la punta del mentón un puntapié bestial y certero...

Las primeras sensaciones que tuvo fueron las de que la mitad inferior de su rostro no tenía ya corporeidad y de que su cráneo iba a estallar.

Instintivamente llevóse la mano al sobaco izquierdo, pero no halló el tranquilizador contacto de la culata.

Buscó en el cinto, y tampoco halló armas, y al oír en creciente diapasón una risa burlona, perdió todo el valor que le asistía armas en mano y ante espectadores.

Gimió hinchada la lengua y rotos varios dientes... Pero no podía abrir la boca. La intensidad del dolor que le producía la rota mandíbula le hizo ver en los espejos multiplicada en visión temible la hierática expresión del rostro de Brenda Wayne decapitada, y la burlona risa de Rock Gambler.

—Huiste, Karry... Soltaste el pañuelo... Serás juguete de todos. Te matarán en el "bayou"... Karl Bolder se ha burlado de ti... Ahora tiene ya lo que deseaba... Le falta algo para ultimar su ingenioso plan... Kurt. Ballantry

ha muerto ya... Tú le seguirás... Erais tres "KB", pero Karl Bolder es ingenioso y tiene mucha ambición. Te suprimirá a ti, como hizo con Kurt Ballantry... Tierra de mentiras y traiciones, Karry Bloem... Todos se reirán de ti al verte con la mandíbula rígida... Y Karl Bolder te suprimirá... Una inteligencia magnífica la de Karl Bolder. Os engañó a todos... Él será el dueño del "bayou"...

Karry Bloem, arrodillado en el suelo, creía vivir una pesadilla. En su cerebro los rostros de Brenda Wayne, Karl Bolder y Rock Gambler danzaban una zarabanda infernal...

Cayó de bruces, desvanecido... Cuando se recuperó, miró por todas partes. No había más que su imagen en todos los espejos.

La cabeza de Brenda Wayne no estaba en su sitio. Rock Gambler había desaparecido. Estaba solo. Recogió del suelo su puñal y su pistola. Frente a un espejo vendó fuertemente la mandíbula y solo una idea alentaba en su mente: tenía que ver a Karl Bolder.



...fué resbalando lentamente...

CAPÍTULO VII

UN EXCESO DE AMBICIÓN

Brenda Wayne se agitaba inquieta en el diván recubierto de pieles. No soñaba, y, sin embargo, todo se le antojaba irreal, monstruoso, propio de un genio desquiciado por un exceso de ambición.

Recordaba la inquietud que le había producido la frase de Karry Bloem al hablarle de John Wayne...

Y había empezado lo que se le antojaba irreal. Tras una cortina otra Brenda Wayne tenía una rigidez de muñeca de cera... casi no oía lo que Karry Bloem decía...

Sobresaltóse, quedando sentada en el diván. Era "él"... y, no obstante, no era el hombre de Londres. Era otro el que acababa de entrar en aquel saloncito, por una de cuyas ventanas se veía la quieta extensión del lago Okechobee bañado en plata lunar.

Un hombre hercúleo, desnudo el torso, de largos cabellos rubios y larga barba rizada. Era John Wayne, y, sin embargo había cambiado. No era el enérgico empleado descontento londinense, sino un desconocido...

—Te acostumbrarás, Brenda —dijo John Wayne—. Hasta ahora no he podido hablarte, porque tu mente está lejana. No me comprendías... ¿Dónde está la mujercita ambiciosa, y serena?

—¿Dónde está el hombre leal? Has traicionado, John... —y la voz de ella era un lamento.

—*Lord Dembley* me mandó a la muerte.

—Te ofreció cien mil libras si triunfabas, John.

—No traicioné, Brenda. Vine dispuesto a cumplir. Pero el "bayou" me transformó. Aquí suenan a convencionalismos cuantos términos allá nos parecían lógicos. Por ti me transforme en Karl Bolder. Por tu amor.

—No, John. Crees amarme, pero ya no hay en ti más que ambición. Has soñado ser el dueño del "bayou" y éste te ha vencido. El plan que tiene ingenio de artista, fracasará, John, porque se basa en una traición. Y quien traiciona, muere a traición.

—Pronto olvidarás tus ridículos conceptos de ciudadana esclavizada por leyes cotidianas, que el ajetreo de la necesidad diaria nos impide aquilatar en cuanto tienen de absurdas. Aquí he aprendido a vivir, Brenda...

Y el hercúleo inglés cogió las dos manos femeninas, empezando a hablar brillantes los ojos de color indefinible. Del ancho cuello colgaba una cinta de roja tela transparente...

—Tardé en dar con la pista de los tres hombres. El verdadero Karl Bolder murió envenenado... Hablé con Kurt Ballantry. Le demostré que matarnos entre nosotros, era impropio de seres inteligentes. Nadie debía saber que yo seguía con vida. Al contrario. Propagando mi muerte, lograríamos que *Lord Dembley* enviara otro agente. Yo pensé en ti, Brenda. Sabía que

vendrías. Modelé tu figura en distintas actitudes. ¡Cuántas veces he besado las frías mejillas de cera, pidiendo que bajo mis labios alentase la tibieza de tu rostro! Kurt Ballantry convenció a Karry Bloem. Yo substituyendo al verdadero Karl Bolder, les suministraría informes, que ellos por sí solos no lograrían. Yo conocía a cuantos hombres podía mandar *Lord Dembley*. Yo podía señalarlos. Yo describí a Rock Gambler. Y dejé a Karry Bloem en posesión de una de tus figuras de cera. Yo les dije que, propagando tu muerte, *Lord Dembley* mandaría seguramente a Rock Gambler en persona. Yo les dije que no debían matar a Gambler, sino acosarlo y traerlo hasta aquí. Yo haría que Rock Gambler, mediante tortura, tranquilizase a *Lord Dembley* enviando mensajes. Yo les demostré que a los tres barcos de que disponíamos uniríamos pronto los barcos de *Lord Dembley*. Yo...

—Estás endiosado, John. Ya no eres un hombre ambicioso, sino un fanático que se embriagó con un proyecto que tiene ribetes de locura y rasgos de genialidad. Vuelve en ti, John. Huyamos. Puedes aún cumplir tu misión Mata a Kurt Ballantry y a Karry Bloem, y en Londres...

—Nada puedes reprocharme, Brenda. ¿No estás incitándome a matar y traicionar a los dos que conmigo dominarán no sólo el "bayou" con todos sus hombres, sino que formarán una flota digna de los antiguos corsarios? En dos años seremos inmensamente ricos. Escucha, Brenda. Siempre estuvimos de acuerdo en que nuestro amor...

—¿Nuestro, amor? —musitó ella, y en sus ojos perlaron lágrimas—. Nunca nos amamos, John.

—¡Estás loca! Por ti lo he hecho todo. Por ti...

—También yo creí que vine aquí para vengarte, John. Pero tenía razón él cuando dijo que pobre amor el que es vencido por la ambición.

—¿Él? ¿*Lord Dembley*.

—No. Rock Gambler.

—Rock Gambler... —y John Wayne rió torvamente—. Me he informado de quien es. Un sinuoso talento que no vacila en emplear los más arteros procedimientos. Si hallara un medio de hacer creer a mis amigos que los traiciono, no dudaría un solo instante en lanzarlos contra mí. Si demostrase que cuanto pueda averiguar lo debe a mí sería capaz de hacerlo así. No tendría el menor reparo en jurar que yo soy un agente suyo. No sabes quién es ese hombre...

—Lucha astutamente contra la astucia y la traición de los demás, John, te vencerá porque, no está endiosado. Huyamos, John... Vuelve a ser el hombre que yo quería...

—¿Un empleadillo a las órdenes del aristócrata?

—El "bayou" te ha vencido, John —replicó ella, con amargura.

—¡No! Aquí hallé la verdad. ¡Seremos inmensamente ricos, Brenda. Tendremos lo que queramos. Todos me admirarán. Tú serás la "Reina Blanca" de Florida...

—Hablas como uno de los otros... Hay fiebre en tus ojos, John...

John Wayne levantóse de pronto, crispados los henchidos músculos prominentes. Pareció por unos instantes que iba a pegar...

Dió media vuelta, recogiendo de la pared un pesado martillo, que en su diestra pareció perder peso.

—Aspiré a tu admiración, Brenda. Supuse que tardarías en comprender. Pero día llegará en que comprenderás las grandiosas proporciones del proyecto que nos llevará al triunfo; ahora, con tu seso de londinense llena de ridículos prejuicios, no puedes aquilatarla. aún. ¿No vine a matar a tres hombres? ¿Tú misma no acabas de sugerirme que huyamos después de eliminar a mis dos cómplices? ¿Por cien mil libras? Millones de ellas ganaremos... y pronto me traerán aquí a Rock Gambler. Con él...

Se detuvo de pronto. Oíanse unos arpegios de violín...

John Wayne levantó la cinta roja, cubriendo con ella sus ojos. Una sonrisa malévola distendió sus labios entre los rizosos bucles de su barba.

—Es un cretino monstruoso. Se hace llamar Jolly Roger. Todos se ríen de él. Es un artista, Brenda. Lo oirás. Toca con alma. Con una sensibilidad, que ningún cretino puede tener.

Los acordes del violín iban acercándose, procedentes del jardín.

—Tiene libre acceso a mi casa, Brenda. Lo oirás. ¿Dijiste que estoy embriagado por un exceso de ambición? Es una embriaguez sensata. La del hombre que en el tortuoso camino de la guerra secreta entre inteligencias tiene el orgullo de ir viendo paso a paso que la suya va venciendo... Jolly Roger vivirá el tiempo que yo quiera... Sólo yo sé quién es él. Los demás no supieron adivinar que un hombre que maneja el arco con tanta sensibilidad era una inteligencia que sólo podía estar en el "bayou" con un fin preconcebido... En su día, Jolly Roger revelará quién es. No has visto aún mi sala de torturas, Brenda. Me documente con libros de la Edad Media... ¿Sabes lo bello que resulta llegar a tener el poderío de un señor feudal en pleno siglo XIX? Escucha, Brenda... ¿No oyes que música más delicada? Viendo a Jolly Roger comprenderás que todo es posible en el "Bayou"...

En el salón, tras unos instantes de silencio, entró James Fitzgerald. No saludó ni dijo nada, se acurrucó en un rincón de la habitación, sin mirar a Brenda Wayne.

Pulsó en agudo *pizzicato* una cuerda del violín con los dedos y quedó el arco en suspenso.

Miraba a Brenda Wayne, pero rió babeante...

—Bella, bella, flor exquisita, mi jefe. No la hay igual en todo el vergel de hermosuras del "bayou" apestoso traidor.

Estremecióse Brenda Wayne al ver como el martillo empuñado por John Wayne se posó encima del cráneo puntiagudo del que acababa de hablar.

—Un hombre como tú, enano violinista, puede apreciar plenamente toda la delicadeza de mi esposa. Es música todo ella, Jolly Roger. ¿No te inspira una balada de misteriosos acordes?

Bamboleó la cabeza Jolly Roger bajo el frío contacto del hierro. Reía

como una gárgola maligna...

—Dueño eres de la muerte y la vida, mi jefe. El "tam-tam" decía que una rubia divinidad terrena había perecido a manos de Karry Bloem. Tenía esos mismos ojos azules que me miran asustados o compadecidos. Tenía esa misma seda de oro en los cabellos y esa nieve de armiño en la tez.

—Es poeta —dijo John Wayne, apartando el martillo—. Se consuela con su violín. ¿Viniste solo, Jolly Roger?

El arco del deforme señaló hacia la ventana. John Wayne miró hacia la puerta. Después miró a los cristales cerrados... No había nadie.

—Bufón —rezongó mascullando entre dientes.

—A tu servicio, mi jefe. Siempre a tu servicio. Una cuerda de mi violín saltó no ha mucho. Y ya no temo por mi violín. Sé que todas mis cuerdas continuarán intactas. Adivina adivinanza, mi jefe...

—Todos parecemos locos en el "bayou", Brenda —dijo John Wayne, elevando los poderosos hombros—. Te acostumbrarás, y día llegará en qué comprendas que los locos son los sensatos ciudadanos aprisionados entre páginas de códigos y dominando sus instintos...

—Estás perdido, John —musitó ella.

—¿John? ¿Quién es John? —rió James Fitzgerald—. Nombre cariñoso para Karl Bolder. ¿Te gusta que te llamen John, mi jefe? Es nombre vulgar. Te mereces el nombre del corso al cual ganas en talla. Se llamaba Napoleón, y tú lo serás de "bayou".

—Los ingleses le vencieron —replicó John Wayne, con risa homérica—. Si en vez de un corso hubiese sido londinense...

—No habría sido Napoleón, porque los genios no saben detenerse y rozan la locura sin darse cuenta, mi jefe.

—Hablas lindamente, Jolly Roger. ¿Quieres lucir tu ingenio ante una dama civilizada? Algún día te daré empleo, Jolly Roger. Serás mi bufón permanente... ¡Toca!

—¿Repique de cascabeles?... ¿O el "ding-dong" de la campana mortuoria? Tú me mandas, mi jefe.

John Wayne miró hacia la puerta, y agitó el martillo en ademán amistoso. En el umbral, lívido y más espectral que nunca, Karry Bloem, vendada la parte inferior del rostro, no hizo más que un gesto.

La mano que reposaba indolentemente en el pecho apareció empuñando una pistola que vomitó fuego.

Bala tras bala de las que penetraron en el cuerpo de John Wayne produjeron en este sacudidas convulsivas.

Rota la frente, agujereado el pecho y el estómago, sangrando y muerto en pie John Wayne tuyo tiempo de arrojar con todas sus fuerzas el pesado martillo...

Destrozado el cráneo, cayó Karry Bloem...

Por unos instantes, en pie, John Wayne semejó un titán en vida. Cayó de pronto, derrumbándose como un coloso sin base...

Jolly Roger, en sordina, arañó las cuerdas. Sabía que nadie acudiría de las chozas a las márgenes del lago.

Muchas noches, el propio Karl Bolder se ejercitaba en el tiro al blanco...

Brenda Wayne deslizóse de rodillas junto al cadáver de su esposo. Lo había llorado por muerto allá en Londres mientras estrechaba una muñeca de trapo.

Y ahora no podía llorar, mientras abrazaba al que creó un plan basado en la traición, y había perecido a traición.

Jolly Roger dejó de tocar la "Danza macabra" cuando vio entrar a Rock Gambler. Abandonó la estancia, para detenerse en el umbral.

—Espero que no nos volvamos a ver más, James. Mandaré un buen informe a *Lord Dembley* —dijo Gambler en voz baja—. Adiós, Jolly Roger.

—Adiós, mi jefe.

Brenda Wayne levantóse lentamente. Su boca se abrió para lanzar una maldición. Pero cerró los ojos...

Y sin abrirlos murmuró:

—Nadie puede reprochar a nadie.

—Tuve la convicción de que no tardaría en venir Karry Bloem. Le precedí y he oído hablar a Karl Bolder.

—Entonces... ¡Ya sabe quién era!

—Lo supe cuando en el cuarto de Karry Bloem vi un rostro de cera. Y recordé que Karl Bolder modelaba muy bien en cera. Y encubría sus cambiantes pupilas con una tela transparente.

—Era John... Un John envenenado por un exceso de ambición... Traicionó. Fué desleal.

—John murió hace cuatro meses, O'Connor. Recupere sus nervios. Este hombre es Karl Bolder. El otro es Karry Bloem, y Kurt Ballantry navega a la deriva, esperando que los buitres hagan desaparecer al último de los "KB". Fué una pesadilla, O'Connor, Venga conmigo... Nunca vio muñecas de cera ni oyó hablar de insensatos Napoleones. Venga conmigo...

Brenda Wayne temblaba y de pronto sus nervios cedieron. Cayó cuan larga era junto al cadáver de John Wayne.

Rock Gambler, por unos instantes, miró los cráneos destrozados de John Wayne y el dueño del "Black Mirror", mientras levantaba entre sus brazos el cuerpo sin sentido de Brenda Wayne...

—Murciélagos que quisieron ser águilas —murmuró, complacido.

Sentía la breve embriagues de un triunfo, que él mismo se reprochó:

—Has sido hábil, Rock..., pero este episodio en Florida no debe enorgullecerte. Si hubiese espectadores, dirían que no hay en ti lealtad ni gallardía. Has montado tres trampas... Has sido un cazador furtivo. Pero tus manos no se han manchado. Entre lobos anduvo el juego, y el "bayou" hubiera sido la tumba del que pretendiera ser caballero de capa y espada. Nunca vuelvas al "bayou", "Halcón"... Tienes que disfrutar de larga vida.

Estaba ya en la pendiente que descendía hacia el arroyo, donde estaba

anclada su lancha.

Depositó en el fondo a Brenda Wayne, arrojándola con su larga capa. Remando contorneó el ancho lago, y fué remontando el arroyo hacia el Norte alejándose del "bayou" a medida queda noche huía, y el arroyo bajo la luz incipiente del amanecer convertíase en riachuelo claro de ninfa más límpida por la cercana y salobre injerencia del agua del mar.

Brenda Wayne continuó tendida... Hacía ya largo rato que poseía sus sentidos. Pero seguía luchando contra la pesadilla que había sido su breve estancia en Tampa y el lago...

—Un nuevo día amanece, O'Connor. Vamos hacia la normalidad. *Lord Dembley* pagará cincuenta mil libras a la ambiciosilla que vino a vengar la muerte de su esposo. Y así informaré.

—Yo le diré la verdad a *Lord Dembley*.

—Se la imaginó, O'Connor, puesto que la mandó a usted.

—¿Como señuelo para que mis pasos sirvieran de orientación hacia el misterio de John Wayne?

—Quizá. Pero no le guarde rencor al viejo sibarita, O'Connor. Me envió a mí también. No negaré que me desconcertó el rumor de una Brenda decapitada. Me pareció que un engranaje de la bien engrasada maquinaria fallaba. Si John Wayne seguía viviendo... En fin, O'Connor, mire el agua. Ya azulándose. Tiene ya color de ojos irlandeses sin gafas. Y pronto el mar abrirá penachos de espuma para ir disipando negruras que se olvidarán cuando se halle en el sensato Londres;. Soy un sentimental, O'Connor. Veo una granja donde una *lady farmer*. Vivirá con el recuerdo del hombre al que nunca debió dejar marchar.

—Su sentimentalismo es duro.

—Porque no sueña ideales, sino que canta verdades, O'Connor.

—Usted siente desprecio hacia John y hacia mí.

—Si le concede importancia a lo que yo pueda pensar, le aclararé que a ambos los admiro por ambiciosos, pero a usted la consideraría despreciable si se convirtiera en una viuda llorona. Nada queda por llorar, O'Connor. No hubo amor en la mujer que por ambición dejó que su esposo partiera hacia un destino casi inevitable de perdición.

Con el último impulso de remos, la lancha desembocó en un recodo del río dando vista tras el montículo al mar.

Unas cuantas casas se apiñaban junto a un muelle, y el humo de varias chimeneas coronaba una serie de hangares.

—Civilización. Serrerías —comentó Gambler ayudando a Brenda Wayne a salir de la lancha, para poner pie en un entarimado, que en declive descendía desde un altozano.

—¿Qué lugar es éste?

—La bahía de Cheepsake. Hay barcos madereros. Cualquiera de ellos la puede llevar a un puerto desde el cual emprender el viaje de regreso a Londres.

Brenda Wayne vaciló unos instantes. Por fin, tendió la diestra.

—Si no hubiéramos de vernos más, hago votos para que todo salga a medida de sus deseos, señor Gambler.

Rock Gambler estrechó la mano ofrecida, y su sonrisa tenía un sarcasmo voluntario.

—Es curioso el efecto que la visión

de un mar en paraje industrial produce en el ánimo de cualquier inglés... Le devuelve de pronto la conciencia de respetabilidad, y la lógica reaparece aplastante. Me es grato comunicarle, señora de Wayne, que también hago yo votos para que todo se realice como desee. Y, prácticamente hablando, ¿tiene dinero?

—No ¿Puede prestarme unos dolares? Rogaré *Lord Dembley* que me los descuente, pasándolos a su cuenta.

—Lejos quedan ya los murciélagos y la anarquía —replicó Gambler, entregando un rollo de billetes a Brenda Wayne—. Hónreme contándolos. Habrá aproximadamente unos setecientos dolares. Son más que suficientes para que se compre ropa y el pasaje.

—No nos despedamos con esa frialdad, Rock Gambler. Percibo que me gustaría oír algo sincero. Cuando usted quiere, tiene el áspero atractivo de una sinceridad brutal.

—No vuelva a emplear gafas. Vístase de como una mujer a la caza de marido. Y elija a un hombre amante del hogar, las zapatillas y la pipa fumada junto al fuego. Con su belleza y su dinero tendrá usted suspirantes a rebaños.

—Quizá ya no sirva para vivir normalmente. Algún día, si me abruma el cansancio de una monótona existencia, pediré a *Lord Dembley* que me envíe con misión a este litoral.

—¿Incluido el "bayou"?

—Depende del mayor o menor deseo que tenga de terminar cuanto antes conmigo. Ya no podré ser una esposa corriente... He conocido hombres demasiado distintos a los que acostumbraba a tratar. Adiós, hasta la vista, Rock Gambler.

—Adiós, encanto.

Ella irguió levemente la cabeza.

Rock Gambler sonrió:

—Si algún día quiere emociones, búsqume, encanto. Tengo un extenso surtido, empezando con besos apasionados y...

—Adiós —dijo ella, secamente, dando media vuelta.

Rock Gambler la vio dirigirse hacia la factoría. Tomó el camino opuesto hasta coronar la cima de un conjunto de rocas donde se erguía un pino solitario y gigantesco.

Miró a su alrededor, y, no viendo a nadie, sentóse adosándose contra el árbol. Empezó a pensar que quizá había perdido mil dolares y un caballo, aunque a cambio había logrado salir con bien de la difícil empresa de entrevistarse con Karry Bloem en su propio antro.

Pero le contentó comprobar que no se había equivocado, cuando, por entre el resquicio de dos rocas, apareció la figura de la costarricense montada en el potro negro.

La expresión de asombro que distendía los rasgos orientales de la centroamericana, era tan evidente que Rock Gambler poniéndose en pie, y apoyando su mano en el cuello de "Brujo", comentó:

—La extrañeza debería manifestarla yo, aunque supuse que cuatro mil dolares te harían cumplir.

—Yo vi como Karry la... la degollaba, y ahora la he visto andar hacia el muelle.

Mostro Gambler su mano izquierda por el liso dorso.

—También viste mi mano atravesada, y no hay cicatriz. No nos guemos nunca por las apariencias, Aminda.

Ella se apeó en ágil salto. A la luz del día era una muchacha agraciada de exótico semblante y mientras no sonriera sus labios prietos presentaban bello dibujo.

—No vine por los cuatro mil dolares Rock. Me bastan con los que me diste.

—Has sido una buena asociada, Aminda. Si tú, una mujer, supiste cumplir, debo yo también cumplir.

—Llévame contigo —dijo ella, rechazando el dinero.

—¿No huiste del "bayou"? Tu generosidad me resultaría demasiado cara, Aminda. Vuelve a tu aldea que yo voy a la mía. Pero antes, acércate más, que quiero decirte algo al oído.

Entre la maciza dureza de los brazos masculinos, ella echó hacia atrás la cabeza, entornando los ojos llenos de sol, asistiendo paradójicamente que beso era el único que recordaría como símbolo del comienzo de su camino de redención.

—Tu escote es tentador —dijo él, retrocediendo y separándose de ella.

Mirose Aminda la abertura del vestido donde ahora había un cilindro de billetes de Banco.

Cuando alzo la vista, ya el potro negro partía al galope hacia el Norte. Aminda miró, a su alrededor. Y con pueril sonrisa echó de nuevo hacia atrás la cabeza, mirando el cielo azul. Y musitó fervientemente.

—Que también él vuelva a tener ilusiones, por las que con un beso ha sabido devolverme.

PRÓLOGO

Norah Blondel, más conocida por Sally, la propietaria del "Drinker's House" de Savannah, recién lavado el rostro, de donde había desaparecido todo colorete, y muy distinta a la brillante Sally de suntuosos vestidos, en su liso camisón cerrado hasta el cuello peinábase los libres cabellos que, ahora caían en guedejas sedosas sobre sus hombros.

No se movió cuando tras los cristales del balcón vio una alta silueta que, escalando el borde de la terraza, avanzaba cautelosamente, yendo a apoyarse contra el ventanal.

Su mano izquierda deslizóse hacia el cajón abierto donde una larga pistola de doble carga permanecía siempre al alcance. Su mano derecha seguía manejando el cepillo.

Y de pronto soltó el cepillo y dejó de aprisionar la culata. Corrió hacia la ventana, abriéndola...

Pero la sarcástica sonrisa de su visitante quebró su impulso de arrojarle en brazos del que tan anhelantemente siempre esperaba.

—La vida íntima de Helena de Troya —dijo Gambler avanzando, mientras ella retrocedía—. Ved, señoras y señores, a la perversa Sally convertida en pudorosa colegiala que cubre su lilial camisón con larga bata lujosa. También ella posee una doble personalidad. ¿Cuál es más de mi agrado? La que voy a estrechar entre mis brazos...

Norah Blondel apoyó con fuerza sus dos manos en el amplio pecho del que brazos extendidos, pretendía abrazarla...

—Hueles a muerto, Rock Gambler.

—¡Cáspitas! ¿Se me nota el olor del "bayou"?

—Dos hombres antes que tú escalaron mi ventana. Envié a Sam a buscar para cada uno a Lorry, el de la funeraria.

Rock Gambler sentóse en un sillón, y en su diestra el dolar de oro empezó a saltar.

Norah Blondel señaló la abierta ventana:

—Por ahí entraste., Por ahí puedes tomar el camino, y volver a tu habitación.

—Que está a dos pasos de ésta... Ábreme la puerta, Blondie. Estoy enormemente ofendido. Yo para ti no soy un hombre como los demás. Soy el cordero que bala y que algún día se casará contigo.

—Mientras ese trágico momento llega, abandona mi alcoba.

Chispeaban ahora alegres los ojos de Norah Blondel. Rock Gambler se levantó y de pronto hallóse ella entre sus brazos, forcejeando.

—Paz... Paz entre los seres de buena voluntad. Ofreceme tu mejilla, Blondie. Me concederá sueños deliciosos. Soñaré en la gran cantidad de vajilla que a diario se amontonará en pedazos en nuestro hogar pacífico.

La besó casi fraternalmente, y, separándose de ella, la mantuvo por los

hombros.

Lanzó un suspiro profundo:

—Verte me enternece, Blondie. Pienso que me quieres, porque abrigas la ilusión de enviudar pronto. Dijiste que huelo a muerto... Sé muy bien que no te referías a mi nocturno asalto.

—Dave Taft y sus hombres te buscan. Mañana al despertar...

—Amanecerá pronto, Blondie. No me hables del día que se aproxima.

—De Beaufort han venido tres pistoleros. También te buscan.

—Es innegable que la acogida es cordial. Tú eres la miel, yo soy la mosca, rondan los moscardones. Mañana, al despertad, ya pensaré en ellos. Ahora quiero tan sólo besar la almohada y buscar en ella el perfume de pétalo de tu mejilla. ¿Algo más, Blondie?

—Un oficial sudista, acompañado de cuatro soldados, te espera. ¿Cuándo? ¿Cuándo dejarás de provocar enemistades? Huelo a muerto, Rock.

—Y tú a rosas, Blondie. Avisa a Lorry de que va a tener clientes futuros. Yo se los proporcionaré...

—Fanfarrón... —dijo ella con aparente desdén. Y cuando él cruzaba el umbral del balcón, susurró—: Ten cuidado, Rock... Si te pasara algo malo, yo... ¡No me mires así! Eres odioso...

—No ha nacido aún el hombre que me tumbe, ni han forjado la bala que me muerda... El único peligro que ronda mi existencia eres tú. Dulce peligro al cual quiero sucumbir... lo más tarde posible. Saber esperar es el arte de la vida, Blondie.

—Quien espera, desespera... —empezó ella a decir.

Un estampido atronó la silenciosa noche. Rock Gambler giró sobre sus tacones y, llevándose la mano al pecho, dió un traspies...

Avanzó tambaleándose y cayó cuan largo era.

El grito de Norah Blondel tuvo estridencias de aguda desesperación. Corrió hacia la ventana, disparando alocadamente la pistola que con salvaje frenesí había quitado del cinto de Rock Gambler.

Oyéronse pasos precipitados. Acudía Sam, el atlético negro, que aporreó desde fuera la puerta.

En el suelo, Rock Gambler guardaba una inmovilidad completa. Desmelenada, Norah Blondel arrodillóse junto al caído, y sus sollozos fueron la expresión de su infinito dolor, cuando comprobó que la engarfiada mano de Rock Gambler, apoyada sobre su costado izquierdo, rezumaba sangre, y que a sus frenéticos besos los labios masculinos quedaron yertos y fríos sin aliento ni respiración...



PRÓXIMO EPISODIO:

"MURO DE PIEDRA"

¡YA ESTA AQUI!..



EL HALCON

¿Es un patriota?

¿Es un cínico?

¿Es un escéptico?

De todo tiene este misterioso personaje cuyo proceder irrita unas veces y otras conmueve.

PERO SIEMPRE APASIONA

Conocer a Rock Gambler, el hombre que juega su vida haciendo saltar una moneda, es conocer al aventurero más audaz y desconcertante de todos los

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 1 El jugador de su vida. | 8 La conjura de los pistoleros. |
| 2 La venganza de Dan Carter. | 9 La venus de ébano. |
| 3 La espía yanqui. | 10 Pico de Tucán. |
| 4 Murciélagos en La Florida. | 11 Dandy Pólvora. |
| 5 "Muro de piedra" | 12 El bloqueo de Nueva Orleans. |
| 6 El Bonaparte americano. | 13 Montañas azules. |
| 7 Pulsos de oro. | 14 El Cocodrilo y la Gaviota. |
| | 15 El ramo de Azahar. |

Precio del ejemplar, conteniendo un episodio completo, **3 pt**

ES UNA PRODUCCION DE
EDITORIAL BRUGUERA

PROYECTO, 2 - TEL. 82981 - BARCELONA

[←1]

Véase *La espía yanqui*